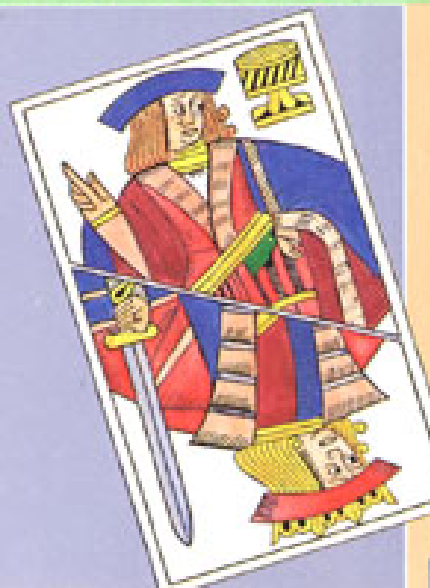


Erección
literaria
1
NOVELA
PREMIO
"CASTILLA"
LA MANCHA"
85

sota de copas, reina de espadas

CAROLINA-DAFNE
ALONSO-CORTÉS



volcaban el agua humeante de las calderas en barreños de madera oscura, mezclaban las siervas agua fría y los zambullían y enjabonaban, y el suelo se llenaba de espuma. Y aún desconocía el significado de la palabra, quizá algo negro y tizado con brasas en su interior, quizá un fogón con patas, que podía trasladarse de lugar y estar en el patio de armas, o en las cuadras, siempre con el temor de equivocarse. Y aguamanil le parecía ser una jofaina de formas redondeadas, con un jarrillo brillante y dorado. Soñaba con viejas que lo perseguían, alrededor del patio del castillo; algo parecido a un aquelarre, como aquél que vio en su niñez, aquel coro de brujas desdentadas donde estaba su abuela, que mostraban sus jibas y escondían sus jetas en círculo infernal, lanzando terribles conjuros con los que incendiaban árboles y agostaban cosechas. Llenaban un cubo nuevo de agua pura, y hacían aparecer en él la efigie de la víctima; luego la apuñalaban, y el agua enrojecía, señal segura de que la víctima había muerto. Había oído que las plantas se ahilaban cuando no les daba la luz, que los tallos crecían sin ensanchar, y se volvían de un verde casi blanco. «Por eso, los hombres y mujeres que vienen del norte del mundo serán largos y descoloridos -pensaba-. Estarán ahilados por falta de sol.» Tenía ahora enfrente a un muchacho, casi un niño; estaba apoyado en el muro con los brazos caídos. Sus ojos parecían vacíos, y miraba al frente con cara inexpresiva. Parecía pegado al muro, como si lo hubieran sujetado con un agujón como hacían los chiquillos con los murciélagos, o los naturalistas con las mariposas. Hacía mucho frío, y él no llevaba más que una camisa y un jubón viejo, con las mangas demasiado cortas. Pero no parecía sentir nada, ni frío ni cansancio, y estaba tan quieto, apoyado contra la pared sin moverse, con los ojos vacíos. «Tú has robado las gallinas», le dijo el sayón. Y el niño dijo: «No he robado las gallinas». «Pues si no las has robado tú, las habrá robado el aguador.» «¿Por qué las iba a robar?» «Pues para comérselas. Todo el mundo es culpable mientras no se demuestre lo contrario.» Las gallinas no aparecieron. Él no había robado las gallinas, ni creía que el aguador las hubiera robado tampoco.

Ahora el suelo era de tierra oscura y con desniveles, de modo que había que moverse con tiento para no tropezar en la oscuridad. Acercó el sayón la mecha y se encendió la tea chorreante, que alumbró con luz amarilla de sebo, y se adentró en las piezas oscuras y profundas donde estaban los otros. Los techos eran allí tan bajos que había que inclinarse al pasar, la luz dentro era más pobre todavía, y permitía sólo distinguir los muros para no darse contra ellos. Pero no leer las inscripciones escritas allí desde siempre, que mostraban fechas tan antiguas como toda la antigüedad del castillo. El hombrecillo escarbó en la tierra con el pie descalzo, sintió el olor reconcentrado a orines y los pasos del sayón que salía apagando la tea. Entonces, oyó gemir el viento sobre su cabeza. Había dejado puesta el sayón la llave de hierro, y al salir dio varios vueltas a la cerradura; Y ahora subiría los escalones de piedra uno a uno, agarrado a la fría pared.

Tenía los ojos acostumbrados a la oscuridad. Había arañas gordas y peludas, de andar torpe y aspecto achaparrado, y otras con el cuerpo no mucho más grande que un grano de mijo, y unas patas largas y delgadas como hilos, y corrían tanto que no podía seguir las con la vista. Había otras pequeñas y grises que tejían sus telas, y se descolgaban de un hilo, aguardando la presa. Habían transcurrido más de cien años desde el año mil, cuando toda la humanidad se vio sumida en el temor de hecatombes y desastres que acabarían con la vida en el mundo; el primer milenio había pasado y la vida seguía, en contra de las predicciones de agoreros.

No había amanecido fuera, había estrellas en el cielo y la luna asomaba por cima de las torres, llegando ten arriba como el sol a mediodía. En lo más hondo de la tierra estaba la prisión, donde bajaban a los presos por medio de una escala de cuerdas. En la estrecha y oscura habitación se oían voces humanas, de seres desheredados por la naturaleza o la fortuna: eran vagabundos y ladrones, o clérigos tabernarios que habían sido mandados rapar antes de su condena para borrar en ellos cualquier vestigio de la tonsura clerical. Mozos de rostros ennegrecidos y manos oscuras por la mugre y el humo, y hombres viejos que en la mazmorra ocultaban graves pecados cometidos con nueras, y hasta con hijas y con nietas. Había mujeres cejijuntas de pómulos salientes, de pelo negro o entrecano, y no pocos mendigos, que horas antes pedían un mendrugo de pan o unas monedas, o algo que en tiempos lejanos pudo ser un vestido. Un candil, con luz mortecina, colgaba de un gancho y crepitaba al arder.

De nuevo se abrió la puerta, y dejó el sayón entregado al castigo a un hombre más chato que la muerte. Al desdichado lo habían despojado de su sayo y sus bragas, de modo que cubría su cuerpo una especie de túnica raída. Llevaba al cuello una soga, y las uñas corriendo sangre. Acababa de recibir en sus lomos cien azotes, y como pudo se arrastró, tratando de hallar algún lugar donde acomodarse.

Vino a hacerlo junto a otro condenado, tan feo como él, que dormía con los ojos abiertos. El hombre se incorporó, y el recién llegado le habló en algarabía, como aquel que bien la sabe: «Hace tres días que no pruebo bocado -le dijo-. ¿Podréis darme algo de comer y beber, que me aqueja la sed, y tengo hambre?» «Bien os diera una pierna de cordero servida en buena fuente de asar -le dijo el otro-, si no fuera porque la terminé al mediodía, y dicen que no hay comida buena a la que no siga una cena mala. Pero hay aquí unas berzas, que según dicen saben en enero como carnero. Y de beber, tenéis un cuenco de agua, que no embriaga y cuesta poco.» «Por mí no se mate la vaca, que carnero comeré -bromeó todavía el recién llegado-, y contad con que os lo pagaré algún día, pues como alguien dijo, pan ajeno caro cuesta, y nuestro alcalde no da paso de balde.» «Bien habláis -dijo el compañero-, pero comed, comed, y vaya lo comido por lo servido.» Era tan escasa la berza que se fue en probaduras, como torta de aceite. «¿No será esta comida demasiado pesada?», preguntó el hambriento. «Más mató la cena que sanó Avicena -le dijo su huésped-. Y ahora que habéis comido y bebido, contadme por qué habéis llegado a estas horas, despertándome, pues el que dice la verdad, ni peca ni miente.» Y dijo el otro: «Estoy aquí por culpa de dos potros, y dos sillones con guadamecías cordobeses, fabricados por los judíos; a más de varias azuelas, cuchillos y tenazas, que son los que me traen bajo estos candados sin pena ni gloria, como los niños del limbo». «Decís bien, que el último mono es el que se ahoga, y a los desdichados se nos hielan las migas entre la mano y la boca.» «Y a mayores, después de haber recibido ciento y pico zurriagazos por las calles de la ciudad, que el sayón me ha arreado.» «Bien -le dijo el compañero-, vale más perder lo poco que perderlo todo, y más hundirse hasta el tobillo, que no hasta el colodrillo. Pues el azote no tiene más consecuencia que la vergüenza que se pasa, y el dolor, pero yo aguardo el cadalso en que me han de degollar.» «¿Y cómo es eso?» «Yo fui cubero, oficio muy necesario a la ciudad; pero como Castilla empieza a ser el país del oro, por el mucho que arrancan a los infieles mahometanos y a los judíos, decidí cambiar de oficio y buscarme un compinche, un siervo encargado de la limpieza en las letrinas de palacio, con habilidades

de charlatán, y especialista en trinos y en rebuznos. Y así, roba tú por acá que yo robaré por allá, anduvimos un tiempo como putas en cuaresma, sin sacar más que pequeñeces. El buen hombre goza del hurto, y como no hay mal tan lastimero como no tener dinero, ni hay mejor amigo que una pieza de plata, decidimos que para ayudarnos hiciera mi amigo de mamarracho o zaharrón. Hacía ademán de espantarse con los que topaba, y usaba la charlatanería y la mímica, y otras veces el acrobatismo, mientras yo con los juegos de manos pasaba revista a las bolsas. Hasta que fuimos a dar con una capa tejida de oro y adornada con piedras preciosas que mostraba un mercader venido de la morería, con la que nos ahorramos más de trescientas monedas. Entonces aquel truhán desharrapado y homicida, no sólo escapó con ella sino que me denunció al sayón, que era su primo, después de darle parte en la venta de la capa. Y como a grandes males grandes remedios, busqué al de los trinos y un hacha, hice de su carne cecina, y sus piernas empastillé.» «Bien sabía yo que por fornicar y andar desnudo no matan a nadie, y esto que os pasa es castigo del cielo a vuestra maldad, y estáis más perdido que ratón en boca de gato. Porque esta tarde, mientras me azotaban, vi el cadalso en que os han de degollar, alzado sobre una plataforma, y oí que después os sacarían los ojos, un dedo y el corazón.»

Entonces una horrible vieja de la reunión, tan zancuda como un alcaraván y con los pelos más claros que los dedos de la mano, se incorporó sobre una manta raída. «Dios nos tenga en su mano en invierno y en verano, y en todo tiempo del año», suspiró, haciéndolo al mismo tiempo por abajo. «La mujer que suelta tal pedo, no puede ser sino desenvuelta -rió el de los azotes-. Dudo que Dios baje hasta aquí a socorremos.» «Pues yo os digo que para Dios no hay imposibles, si él quiere.» «¿Y qué hacéis aquí a vuestra edad, si no es indiscreción?» «Pues veréis, que fue por culpa de! sayón que recorre las calles cobrando a panaderas y alcahuetas. Quería un dinero que una pobre vieja no podría reunir en todo un año, y menos yo, que veo menos que un perro por el culo.» El condenado a muerte rió de dientes para afuera, como los conejos. «¿Y no hay más que eso?» «No hay más, sino que hallaron en mi casa objetos de ébano y marfil, figuras de oro puro y adornos de oro y plata. ¿Es eso en contra de nuestra fe o de nuestra ley? Yo los heredé de mi madre, y los guardaba como recuerdo.» «¿De vuestra madre?» «Si no lo creéis, no me importa; pero un hombre de bien, como parecéis, debe siempre creer a una anciana. Y aunque lo dicho no tenga apariencia de verdad, dicen que la fe es argumento suficiente para lo que no parece verdadero.» «Bien os expresáis, pero sigo sin creerlo.» «Que os lleve el diablo -dijo ella, suspirando otra vez como antes, y luego añadió, bajando la voz: Si os digo un secreto, ¿me lo guardaréis?» «Mejor lo guardaré si no me lo decís.» «Pues es el caso que por la caridad entra la peste, y fue que una dama principal me lo dio todo a cambio de un favor». «¿Qué favor fue ése?» «Pues que estando su marido a pelear con los moros, y como trabajando sin candil se hacen hijos mil, se halló preñada, oyendo voces en su vientre; y como pensó que fuera el niño, me llamó, y para sacarlo le restregué la barriga con tal maña que allí mismo le desopilé los intestinos, y la obligué a echar la mayor parte de ellos. Os juro que no fue más que eso, y que reviente si digo mentira.» «Pues que juráis y no habéis reventado, bien merecéis que os crea.»

A esto, una moza entró en conversación. «Yo veo que sois más honrada que los difuntos -rió con gana-, y no habéis de temer por vuestra vida, porque os conozco bien, y bicho malo nunca muere.» «Pues no recuerdo haberos visto antes. ¿Cómo os llamáis?» «Soy hija de padre ruin, y llevo apellido de mi madre. Ejercía él de

saltimbanqui y mi madre de acróbata, y quiso que yo siguiera su oficio, pero preferí trabajar en la corte corno soldadera de a pie. Canté en tabernas y lupanares, estropeando rimas y metros, viviendo con tamborileros, trompeteros y otros tañedores de instrumentos. Aprendí a tocar la vihuela y el tamborete, la pandereta y las sonajas de azófar; como soldadera podía entrar en casas de magnates y prelados, y todos me daban ropas, alhajillas y cubiertos, y las damas sus vestidos pasados de moda. En la santa Biblia no hay nada que vaya contra eso.» «Es verdad», asintió la vieja. «Fue entonces cuando mi madre murió.» «Quien tenga madre, muérasele tarde -se santiguó la vieja-. Y luego, ¿qué pasó?» «Dinero de culo váse como el humo», dijo la moza, entristecida. «¿Y no pensasteis en casaros? Ruin con ruin, que así se casan en Dueñas. Y es que sea marido aunque sea de palo, que por ruin que sea, será marido. Y eso, aunque digan que ir a la guerra ni casar no se han de aconsejar.» «Pues sí, señora, que me casé.» «¿Y quién fue él, si puede saberse?» «Un viejo derecho como un cuerno, y más negro que un escarabajo. Lo hallé comiendo y bebiendo, tendido en la hierba con unos arrieros.» La vieja movió la cabeza. «Moza que casa con viejo, las galas excusadas, y los hijos a manadas», dijo. «Nadie sería mesonero si por la moneda no fuera, y aquél la tenía. Dijo que tras la boda me daría una caja de ágata, forrada de oro y pedrería, y dentro amatistas y perlas, esmeraldas y un camafeo.» «No es mala dote», dijo la vieja, brillándole los ojillos cegatos. «Y yo le dije: más quiero hoy huevos que mañana pollos, y él me contestó: bien dices, que tuyo o ajeno, dinero no te faltará.» «Pues no está mal», asintió la vieja, y siguió la moza: «Y yo pensaba: A la vejez tendrás cuernos de pez, y sobre cuernos, penitencia. Y el mismo día de la boda lo tomé de la mano, para guiarlo a mi cabaña, y le dije: Alégrate, marido, que buena noche nos espera. El cielo era tempestuoso, y a ratos se oscurecía; no lo llevé por vereda ni camino, sino por un robledal, espeso como hierba. Al entrar en la choza le mandé cerrar la puerta, y si le di buena cena, aún la cama fue mejor. Y aunque había querido ocultar unas cuantas calaveras, él las vio, y me dijo: ¿De quién son esos huesos? Y yo le contesté: Son de los hombres que he matado para que no me denunciaran.» Pero él, prevenido como buen viejo, dejó la puerta un poco abierta y por ella se escabulló. Y por más que le grité que se dejaba la caja de las arras, así como su cayada, me gritó desde lejos que las primeras eran regalo, y que había mucho palo en el monte para hacerse una cayada nueva. ¡Ay de mí -gritaba yo-, por fin voy a ser descubierta! Descuida, dijo él, que no lo serás hasta que yo llegue a la primera venta del camino.» «¿Y os quedasteis la arquilla?» «Así lo quiso Dios, que la escondí bajo una higuera, en lo alto del monte, siendo así que las llagas duelen menos untadas.» Entonces preguntó el condenado: «¿Pues no sois la serrana de la Vera?» «La misma, y desde ese día no me río de hombres tuertos, y menos de corcovados.» «Eso es más verdad que el Evangelio -dijo la vieja-, que siempre quiebra la sogá por lo más delgado.» Y rió el condenado a muerte: «¡Ay, putas, y cómo sois muchas! -decía-. Bien os aprovecháis, que hombre que no ame a las mujeres no puede llamarse hombre.» Y le dijo la moza con enfado: «Id vos a mercar a la feria, y ya me diréis cómo os va en ella».

Era la noche por filo, y ya los gallos querían cantar, cuando fue arrojado al calabozo un hombre más raído que una teja, que entró trastabillando y no cayó al suelo por milagro. Y dijo el condenado: «Éramos pocos y parió la abuela. Bien, el que tropieza y no cae, adelanta camino, y a chica cama, echarse en medio». Entonces dijo el hombre, sollozando: «La pena es coja, pero llega, y no es el bien conocido hasta que se pierde». «Tenéis

mucha razón, porque el hombre desgraciado en la cama se desespalda, y parecéis vos más desgraciado que una paliza. Pero consolaos, que lo que está de Dios, a la mano se viene.» El otro lo miró desde arriba: «Los dedos de la mano no son todos iguales -le dijo-, y aunque por turbia que sea no has de decir de este agua no beberé, no es éste el lugar que me corresponde por mi nacimiento y condición». «Pues no me parece que seáis ningún magnate, ya que habéis dado aquí. Y en todos los linajes ha de haber un ladrón, como también una puto y un pobre.» Él contestó, engolándose: «La buena ropa encubre a veces el mal linaje, y nadie por riqueza se debe ensalzar, ni menospreciar por pobreza, aunque a veces valga más un din que un don. Yo soy Bertín de Narbona, y he vivido en la corte castellana afincado en Benavente». «Pues hay allí buena tierra y mala gente -intervino la vieja-. Pero ahora que lo pienso, ¿no os condenaron antes por camorrista y bebedor? Me parece haberos visto recogido en una casa de hospital en tierras de Cuenca.» «No conozco mesón, ni menos hospital, pues no salí de la corte, aunque cada cual tenga su mala hora. Estuve un tiempo en ella con sueldo de cantor, comiendo a la mesa de los príncipes, sentado y no tumbado como solían algunos, y usando en palacio vajilla de oro y plata, entre condes y prelados, y magnates del reino. Llevaba la comida a la boca con cuchara de plata, que no con los dedos, y usaba puñal de pomo con adornos y montera de buen paño con forro de seda. Era mi padre un burgués compostelano, con importancia social considerable. ¿O es que no me creéis?» Entonces contestó la vieja: «Alguna vez oí decir, y a los antiguos contar, que Adonis nació de la corteza de un árbol de mirra, y un rey godo por el talón de su madre. ¿Por qué no iba a creerlos?». «Ese es más mentiroso que la luna», dijo la moza, bostezando. «Envidia me hayan, y no mancilla, ya que en pleito claro no es menester letrado -dijo él-. Y como el tiempo aclara las cosas y el tiempo las oscurece, muchos darían fe de mí en las ciudades de Zamora, de León y de Toledo. Últimamente vine a correr fortuna en la frontera, y como no conviene llevar de camino mula coja ni bolsa floja, hube de pedir prestado algo de aquí y de allá, que muchos pocos hacen un mucho.» «Acabáramos -dijo el condenado-, pues que serían préstamos a fondo perdido.» «Quise devolver mis deudas, pero los jueces no me lo consintieron, y por eso estoy aquí, donde ningún remedio siento sino vivir desesperado, y más pobre que las ánimas benditas.» «Camisa rota y madre vieja no es deshonra -dijo la anciana estirando las piernas-, y con esos polvos se hicieron estos lodos.» Y el último en llegar continuó, como añorando: «Me llamo, como he dicho, Bertín de Narbona. Acompañaba a las tropas en sus campañas, con otros músicos que tocaban flautas y atabales, mientras yo entonaba canciones de amigo gallegas, y cantares de gesta; o serranillas, si encartaba, o cantigas de velador. Pues si carecía de arte, fue Amor quien me enseñó a trovar. No era la mía juglaría suelta y errabunda, sino en las cortes y en los concejos. Pero nunca el juglar de la tierra tañe bien en la fiesta, y tenía ciertos enemigos. Asistí a la proclamación del juglar Guillem Mita como rey de todos los cantores del mundo, y mientras otros juglares líricos hablaban gárrulamente, yo trovaba tonada y verso. Allí estaban Alegret, Corazón y el gran Aymeric, todos los juglares de gesta que se aplicaban a narrar historias, y a poner a los buenos en camino de alegría y honor».

«Y aquí estoy ahora, con grillones a los pies que no me dejan andar, con esposas en las manos, y esta gran cadena al cuello con eslabones. Yo, que fui juglar principal en los funerales de la reina Urraca de Castilla, y, por cierto, que hoy hace un año que murió, y tal día como hoy la enterraban en una tumba muy rica, como

quería su condición. Que Dios haya perdonado sus muchos pecados.»

Un quejido se oyó al fondo, en medio de la oscuridad, y una voz profunda retumbó en las negras bóvedas: «Ni la inapetencia, ni el hambre, ni ninguna otra cosa son buenos, siempre que excedan los límites de la naturaleza», dijo la voz. «O es devoto o es loco quien habla consigo», dijo la soldadera, y la voz prosiguió: «Loco es el hombre que ama sus prisiones, aunque sean de oro y plata, y más si son de fierros. Dé Dios mala vida y a la postre peor fin al que me trajo a ellas, estando descuidado y sin recelos de semejante traición». «¿Qué dice? ¿Quién es?» «Lo hallaron ganando deshonoradamente el dinero en un burdel -explicó la vieja-, pero como no hay mejor medianero que cada uno por sí mismo, escogió la prueba caldaria para probar su inocencia. Le dieron a elegir entre las ordalías, la del agua caliente y la del hierro al rojo. Todos pensaban que saldría abrasado, pues bullía el agua en la caldero, mas cuando tres días después alzaron el vendaje, el brazo se halló sin quemaduras.» «Pues yo he oído -dijo el condenado-, que fue sorprendido mientras trataba de desvalijar por malos modos a unos mercaderes que usaban el burdel, y que ofreciéndose a la prueba del agua, y hecha la ley, hecha la trampa, cuando el infeliz había desnudado su brazo y metido en el líquido hirviente, para sacar las piedrecillas echadas allí por el sayón, se vino a ver que el brazo no era natural, sino de palo, con lo que el sayón quedó desengañado y el loco quedó preso. » Y dijo él: «Pues ni uno ni otro tenéis razón, que sólo estoy aquí porque en ciertos momentos pierdo el tino de lo que digo y lo que hago, por lo que me condenan como peligroso, e indigno de vivir en el mundo. Habéis mentado a la reina Urraca, a quien de alguna forma tacháis de liviana, y es maravilla que en cosas tan notorias anden las lenguas tan a tienta paredes, y hagan difícil determinar la verdad, como si fuera el tema tan lejano que se perdiera en las brumas del tiempo. Os oigo, y me hace tal gracia como si me aserraran los dientes, pues las debilidades de ella han sido exageradas por el vulgo, como suele ocurrir. Y así puedes poner tu culo en concejo, que unos dirán es blanco y otros que bermejo, porque muchos oyeron cantar, y no saben en qué muladar». «Tiene razón», dijo la vieja, asintiendo. «En cuanto a los aquí presentes -siguió él- que hacen escarnio y se entregan a coloquios depravados y charlas deshonestas, que corrompen los buenos oídos y hacen espectáculo de sus vicios, deberían callar.» «¿Preferís la acción, buen loco?», dijo la serrana, riendo. «Mal cuerpo tengo, señora, para con damas holgar. En cuanto a ese Bertín de Narbona, dudo de tan alto nacimiento, y pienso que en lugar de tañer las cuerdas de la cítara, las rasca. Y diré que Aymeric, hijo de un mercader de paños a quien bien conocí, aprendió a tañer muy mal. Era borracho y blasfemo, y ladrón de canciones, y me parece mal que se llame juglar al que hace juegos con monos o títeres sin saber manejar el arco, ni bailar, ni conocer los escamoteos de un juglar de Gascuña. Mal trovaba, contaba mal, tocaba la vihuela mal y rimaba peor, ya que lo que no es de natura, tararura. La juglaría no es eso, pues fue inventada por hombres doctos y entendidos, y aunque a mí no me quede más que el compás, como a los músicos viejos, en mis mejores tiempos contaba muy bien gestas y hechos de armas. Pues aunque hijo del enano Yáñez y su mujer, sostenidos con cargo a la marina, me crié bajo el amparo y protección de los monarcas. Fui valeroso y elegante galón, llamado Giraldo de Cabrera. Hube de cantar en iglesias y palacios de reyes, y aunque cantase en público, no lo hacía por oficio. Era el mío un arte en lengua castellana, no gallego ni provenzal, y también conocí a Marcabré, que en ocasiones poetizaba alabanzas al rey leonés solicitando su

generosidad. Tuve por gran amigo a un juglar llamado Palla, tenido en gran consideración en la corte por los obispos y ricos hombres, que admiraba a todos tañendo su vihuela para la danza de las damas y haciendo a la vez que su caballo bailase al son del instrumento. Decían que sus riquezas eran tales, que fueron capaces de excitar la codicia del rey de Navarra. Y he de afirmar que, aunque los moralistas se representan a los cantores como ministros del propio demonio, y el legislador los crea infames, son altamente dignos y a todos causan alegría, cantando las vidas de los santos y las gestas de los príncipes.» «Bien habla el loco -observó la vieja-, que tiempo pasado siempre es deseado, y aunque éste esté ya más pasado que la yesca, no hay calvo que no haya tenido buen pelo. El mejor maestro es el tiempo, y la mejor maestra, la experiencia; el escarmentado bien conoce el vado, y el que fue cocinero antes que monje sabe lo que pasa en la cocina, y también a Cristo lo prendieron en el huerto por estarse allí quieto.» «De tal cabeza tal sentencia -dijo el loco-, y en las grandes afrentas se conocen los buenos corazones. Pues un juglar, para conservar sus ganancias, no necesita tratar con bandoleros.» Y dijo ella: «Yo le doy la razón, porque el niño y el orate dicen las verdades. Cuéntenos su historia desde un principio, y nadie se alabe hasta que acabe, y al final, servir a Dios y no hacer mal. Y sí no, dígalo Muñoz, que miente más que yo.» Sacó la vieja un amuleto de azabache y lo besó. Y dijo el condenado: «Bien dicen que mujer vieja, si no sirve de olla sirve de cobertera, y merece una pinta de vino, si lo hubiese, ya que es el vino la teta del viejo». «Grumos de oro llama el escarabajo a sus hijos -repuso ella-. No hace mucho que en la almudena de Madrid se vieron luces y se descubrió la imagen de una virgen milagrosa, que estaba emparedada; y por ella juro que si estuviéramos en libertad no me importaría casar con el loco, pues si mal vecino es el amor, si no lo hay es peor.» Y habló el loco, diciendo: «No soy Séneca, mas entiendo mi latín, y más vale andar soltero que mal casar. A más que parientes y trastos viejos, lejos y pocos, y si acertar quieres, casa con tu igual». «Andaos a reinas y moriréis virgen -dijo ella-, y yo misma podía haber nacido entre holandas.» «¿Vos entre holandas?», dijo el condenado, «Y si Dios hubiera querido hacerlo así, ¿pensáis que no hubiera podido, hombre de poca fe? -y dirigiéndose al loco, le dijo: Pues que según decís no erais bufón despreciable, y componíais versos y tonadas, ¿por qué no nos dais el esparcimiento necesario, y así las horas pasarán más deprisa?» «Que empiece», dijeron varios a la vez. «Aquí lo tengo escrito -dijo él-, por si alguien es letrado y tiene buena vista, y puede leerlo a la luz del candil. Y si os conviene pensar que los hechos relatados pertenecen más a la leyenda que a la historia verdadera, sabed que el hombre sensato debe creer siempre lo que se encuentra escrito.» Y hablando así, sacó de entre la camisa y el jubón una bolsita de cuero, que dijo contenía un diente de ajo y tres granos de trigo, contra los maleficios. «Debería haberlos renovado con el cambio de luna -se lamentó-, pero no he podido». Sacó luego un rollo, manchado de todas las manchas posibles, y se lo tendió al dicho Bertín de Narbona, que se ofrecía. «Ya que se quema la casa, calentémonos en ella -dijo la vieja, disponiéndose a escuchar-, pues la cama y la cárcel son prueba de amigos. » Y así el juglar, poniéndose bajo la luz, comenzó a leer en voz alta:

*Conozco bien prudencia y locura, deshonra y honor,
el valor y el miedo...*

-G. de A.

Estoy cansado, infanta, sólo dejo correr el pensamiento. Puedo decir sin temor a equivocarme que sois la persona que más influencia, fatídica influencia ha ejercido en mi vida. Y no por vuestra culpa, sino por circunstancias de vuestra vida, y de rechazo de la mía. Me han dicho que ha muerto Fierabrás. Me acuerdo de él, un muchachito desmedrado con las piernas retorcidas que pedía limosna en palacio, con los ojos redondos como los de un gato, que veían en la oscuridad. Ha muerto, y sus ojos para mí seguirán abiertos y verdes. Inolvidables días aquellos que pasé sumergido en el relato, entre mundos que había vivido, o quizá inventado, y me disponía a ordenar convenientemente, y a pasar a limpio. Por las mañanas, cuando los siervos se iban al mercado, yo me quedaba en el convento, dispuesto a afrontar las horas de calor pegajoso. Sólo los veía a la hora de yantar. El fraile cocinero sujetaba con los dedos una tras otra las aletas de la nariz, expulsando dos chorros de mocos blancuzcos; cogía con la punta de los dedos los que colgaban todavía de la nariz, y los lanzaba con fuerza sobre el empedrado de la cocina. Luego, metía la mano en la caldera del yantar. Un día había un perro muerto al borde del camino; despedía tan mal olor que no puedo olvidarlo. Había moscas, y también hormigas, y bichos de todas clases; el perro estuvo oliendo muchos días, hasta que se vació del todo y sólo le quedaban la piel y los huesos. Pero el olor tardó en marcharse de allí.

Hay aquí curianas de todas clases, pero sobre todo de las rucias y alargadas, que suben majestuosamente por los muros. No había visto tantas cucarachas en mi vida, ni creo que las vea. Los muros se oscurecen con ellas, y son ligeras y agitan sus largas antenas. Las mujeres separan uno a uno a sus hijos los mechones de pelo hasta la raíz, y miran con cuidado; enseguida descubren los bichillos, oscuros y movedizos. Hay que tener maña para atraparlos. Los echan en la escudilla del agua, y allí patalean. Las liendres son diminutas y brillan como perlas; son las crías de los piojos y están agarradas al pelo, de forma que la única manera de sacarlas es arrastrándolas hacia la punta. Hay un hombre en cuclillas, con expresión de fiera acorralada. Otros sujetan a su adversario, que forcejea, mientras todo el mundo mira hacia ahí. El hombre es cetrino, con aspecto de moro o de gitano, con el pelo negro y rizado. Un pequeño se relame con las gachas, que debían saber a anises a juzgar por el olor. Poco después el cuerpecillo se ha conmovido, en un eructo pavoroso.

Hace frío hoy. Veo un trozo de cielo gris, y creo que va a nevar. He oído que pronto me sacarán del hospital, y me llevarán a las mazmorras, pues aquí puedo ser un peligro para los niños, y entonces ya no podré escribir. Por otra parte, se me está terminando la tinta de los monjes, si no fuera porque casi todo está escrito, y a falta de revisar. Hasta ahora, mis papeles han aguantado todos los registros, ocultos en mi deformidad.

No sé si os habrá llegado mi reciente mensaje; quiero pensar que lo habéis recibido, y que os ha emocionado. Ya veis, es la manía del juglar, y creo que de todo poeta, jugar con la sensibilidad del que lo oye.

He llegado a pensar que, si en estos días venís tanto a mi memoria, es porque quizá me enviáis mensajes en un idioma desconocido, que capto y me transmite las vibraciones de vuestra alma. Es cierto que si siempre os recuerdo, en ocasiones más de tarde en tarde, en estos días vuestro recuerdo se ha convertido en obsesión. Me parece ver a cada paso vuestro espíritu, el vuestro y el de vuestros antepasados los condes de Castilla, nobles desde tiempo inmemorial. Las campanas suenan nítidas, entre la bruma de la mañana, levanto los ojos y veo un cuadrado de cielo, y me percato de que apenas es de día. Enmedio están los muros grises, y al otro lado la espadaña de la iglesia, y aguardo inmóvil, sobre las pajas húmedas, a que se desgranen las campanadas. El trozo de cielo es de un gris desvaído y sin luces, abajo el foso del castillo es como un gran hueco. Las lucernas del convento estarán apagadas, y siguen sonando las campanas, nítidas y acompasadas; oigo la respiración tranquila de mi compañero y alguien se queja ahora, la humedad ha trazado manchas en el muro, y durante la noche el vapor de las respiraciones se ha helado en las frazadas, y ahora forma una lámina de hielo, que hace la temperatura más baja: Fuera, el cielo sigue de un tono plumizo, y no alcanzo a ver la espadaña de la iglesia. Arranco los callos de los pies con las uñas de las manos; doy vueltas a las durezas, con mucha paciencia. Lo más difícil es arrancar la raíz, una punta dura que se hunde en la carne. Cuanto más trabajo me cueste arrancarlos, más succulentos son luego. Durante uno de mis ataques de locura, di en decir que la mujer del alarife era mi mujer, y que su hijo era mi hijo. Perseguí a la mujer por las cuerdas con un cuchillo de cocina, y ella pudo encerrarse con el niño en el granero. Experimento los temores y angustias del infierno, me veo empujado a la desesperación, creo que nunca podré olvidar aquel venablo que me atravesó, y lo olvido, y a veces ni siquiera poniendo en juego todas las fuerzas de la mente lo puedo recordar. Por fortuna es así, y no siendo que una debilidad de la naturaleza me haga recaer en mi mal, lo que no sería recordar sino vivir de nuevo, mi alma curada no será capaz de volver, de ningún modo, a los temores y a las imaginaciones de entonces, sino en forma pasajera y superficial. Pero llega el aldabonazo negro, dentro de una visión de flores o del campo bajo la luna, llega de pronto el aldabonazo negro. Todo se detiene, la música se detiene, el aire en las almenas se detiene, porque las personas me miran de reojo, cuchichean y sonríen, gime el viento y se marchita la rosa, y mis compañeros maquinan formando grupos, miran de soslayo con un rencor profundo.

Nació la devoción a Santiago Apóstol, a quien llamaron Matamoros, a principios del siglo nono, cuando después de muchos signos milagrosos fue descubierta su tumba. Habían sus discípulos llevado sus sagrados restos a Iria Flavia, que luego llamaron Padrón, y las guerras continuas de los musulmanes hicieron muchas veces peligrar sus reliquias, habiendo llegado el infiel a robar las campanas de la propia iglesia de Santiago. Fueron desde un principio estos lugares objeto de peregrinaje, y así venían peregrinos de Europa, y hasta de Asia, trayendo con ellos su arte y su cultura, y produciendo muchos cambios a su paso. Venían a Compostela con sus anchos sombreros con que se libraban del sol y de las lluvias, llevaban bordones y esclavinas, y sus calabazas, y las conchas o vieiras que los distinguían como viajeros del Santo. Se les daba asistencia en iglesias y hospitales, en conventos y monasterios, y hasta tenían cementerios propios, para el que muriera en camino.

Hallaban siempre un buen yantar, con pan y queso, frutas y carnes abundantes, y hasta reparaban de balde sus zapatos; y para más facilidad se les tendían puentes y vías, que llamaron el camino francés, o camino de Santiago. Y muchos soldados defendían su vida contra los ataques de moros y ladrones, y el camino fue siendo renovado y adobado más y más, con iglesias y hospederías. Muchos preferían tomar el camino de la costa cantábrica, después de atravesar las grandes montañas de Álava y seguir el litoral por Laredo, Santoña y Santander, luego Rivadesella, y de allí por Oviedo hasta Santiago. Y otros una vía más al sur, pasando hacia el oeste por Burgos, Carrión, Sahagún y Astorga. Juntábanse a los peregrinos artesanos, y todos se acogían en albergues como el de Compostela, y había tales hospederías que podían tomar en cada jornada a más de cincuenta viajeros, siendo todos ellos portadores de mucha sabiduría en letras y en toda clase de artes. Eran distintas y mejores que las que entre los pueblos hispanos había, que eran muy pobres, por causa del temor que sentían muchos de que el mundo se acabara el año mil, y todos sus obras y hasta las más grandes y altas quedaran desbaratadas, por lo que todos se entregaban al ocio y a la fatalidad. Fueron levantando capillas e iglesias que llamaban románicas, con hermosos claustros y portadas, con columnas y capiteles de toda suerte de adornos, con bestias y ramajes de todas clases, que hacían olvidar las construcciones de los reyes godos. Y todos los grandes se hallaban confortados con sus nuevas, y con las letras que traían, que eran cosa común al otro lado de Roncesvalles. «Hágase el milagro y hágalo Dios o el diablo», decían algunos, y así poco a poco los moros vieron arruinadas muchas fortalezas suyas, y castillos, y perdieron sus pendones broslados, cubiertos de ricas lunas y tintos en sangre. Por tiempos, la invasión africana se fue replegando, y reconquistada Castilla, quedó desierta por cerca de cien años. Recorieronla luego muchos caballeros, y mandaron construir otros castillos, y presas y molinos en los ríos, venciendo de esta forma los agüeros que entristecieron el alma de sus padres en el siglo anterior. Se convocaban asambleas, casi siempre en verano, y acudían los fijosdalgo vistiendo túnicas abotonadas, y cubriéndose con sus mantos, y en las sesiones ordinarias se trataban asuntos políticos, eclesiásticos o militares. Restauraron los muchos destrozos que los sarracenos habían hecho, compusieron murallas y ornaron edificios, tanto de civiles como de eclesiásticos, tomando como propio, y aún mejorando, lo que de fuera les habían traído, de forma que los extranjeros se quedaban maravillados al mirarlo. Y así decían que el conde don Fernán González, cuando conquistó la región, había entrado a caballo en la iglesia de Silos, creyéndola mezquita; y al darse cuenta de su sacrilegio, había llorado amargamente. Mandó desherrar su caballo, y los de sus mesnadas, y en desagravio al Salvador ordenó al herrero que clavara sus herraduras en la puerta.

Hijo de don Sancho el Mayor fue el rey Fernando de Castilla, quien no sólo igualó, sino que superó la fama de otros reyes cristianos. Siendo ya rey tuvo a bien nombrar abad de Silos a un monje fugitivo, un tal Domingo, monje de San Millón, que se había refugiado en su corte, y éste fue el verdadero fundador del monasterio. Fueron trasladados por entonces a León los restos del niño Pelayo, el mártir de Córdoba, que además fue casto, pues tomado prisionero del infiel fue muerto por los sodomítis del rey Adrahemén sin que hubiera perdido su virtud. Los huesos de Pelayo se conservaron en León, hasta que el venerado cuerpo de san Isidoro se descubrió milagrosamente y fue traído a León desde Sevilla. Y como no se puede servir a dos

señores al mismo tiempo, y tener a los dos contentos, desde este punto la iglesia de san Pelayo de León se llamó de San Isidoro solamente, y los huesos del joven santo se enviaron a Oviedo. En Sevilla, antes que saliera el cuerpo, hizo Dios para honrarlo muchos milagros, y lo mismo ocurrió en el camino: oyeron los sordos, recobraron la vista los ciegos, y muchos contrahechos y cojos pudieron andar. Acompañaba el rey al santo; defendía Fernando con el yelmo su cabeza, y se ocultaba la armadura que llevaba debajo con un sobretodo. «Callar y obrar», era su lema. Llevaba el obispo la cruz por el camino, el mismo sagrado madero que el rey le entregara; calzaba borceguíes hechos con una pieza de cuero, y cabalgaba con la túnica hendida, calzas y pelele, bragas y jubón, y de tanto en tanto aflojaba las bridas, librando al caballo de la presión de su freno argénteo. Tanto el obispo como el rey llevaban colgado del caballo el tahalí, sujetando la espada; montaban ambos sin estribos, aunque monturas de esta guisa se usaran ya comúnmente en el Islam. Y todos los otros llevaban espadas, colgadas al cuello los más, y los clérigos marchaban todos cantando en alta voz.

Llegados a León, se posternó el rey en tierra y dio gracias a Dios, en medio del silencio de todos. Más tarde, para el acto religioso lucía corona real, de ocho chapas rectangulares de plata, y cuatro grandes zafiros engastados; empuñaba en la mano diestra un cetro en forma de cabeza de clavo, cuajado de esmeraldas y granates, mientras que el obispo tocábase con mitra blanca, cual correspondía a tan solemne ceremonia. Tomó un diácono la cruz de oro que contenía reliquias del santo; llevaban otros incensarios argénteos, y estolas tejidas a mano, y llegaban a la puerta del Cordero, donde todo era mármol. Había a cada lado una estatua, sólo que del lado izquierdo la figura del apuesto mozo san Pelayo portaba en la mano un libro, y en el derecho, el santo sevillano tenía al lado un verdugo con cuchilla, con lo que se tornaron sus papeles de letrado y de mártir. Mostrábase en cierto lugar la resurrección de Lázaro, y Marta aparecía tapando sus narices, y ambas hermanas vestidas con indumentarias leonesas. Y todo el mundo hablaba de lo mismo: había regalado el rey Fernando, junto con Sancha, su esposa, el más insigne de los marfiles españoles, a la iglesia de san Isidoro de León, con un letrero que rezaba: «Cruce[m] aeburneam in similitudinem Redemptoris crucifixi». Y no fue sólo eso, pues era el rey buen servidor de la Iglesia, y lo tenía a gala. Viajó por entonces a España desde Francia un cierto monje llamado Hugo; venía de Cluny, y aunque el abad contara no pocos años, debió compensarle el viaje todas las incomodidades, pues vino a recabar beneficios sin reparar en los peligros. Y trajo con él más costos que una dama, pues consintió pagar Fernando a Cluny un censo anual de doscientos marcos de oro, no mala cantidad para la época, a más de otros regalos que le dio, como alfombres y alcatifas, clámides y mantos y un marfil para tapas de libros, y otras chucherías. No terminaron con eso los tratos de Hugo con el monarca castellano, pues pasado el tiempo, por complacer al monje, concertaría don Fernando el casamiento de su hijo Alonso con Constanza, viuda del conde de Chalons, nieta del duque Roberto el Piadoso de Borgoña y muy adicta a los monjes de Cluny.

Otrosí, fue Fernando dichoso por la sucesión que Dios le dio de hijos y de hijas, y la primera que le nació, antes de ser rey, fue la infanta Urraca. Después de ella don Sancho y don Alonso, a quien la infanta siempre distinguió con su cariño, y finalmente don García, y Elvira. Era modesto el rey, y usaba camisa de hilo pudiendo gastarla de seda, y a su lado marchaba la reina, en ropas castellanicas. Allá en Zamora levantó murallas,

iglesias y cortes, y de tiempo en tiempo celebrábanse torneos. Siempre estaban las cámaras en la corte de] rey llenas de obispos y magnates, aguardándolo; habían tapado con lienzos encerados y cortinas los huecos de la estancia, pintada al fresco con cacerías y animales fantásticos, con leones y bestias retorcidas. Un noble de palacio, conde por más señas, tenía las bridas del caballo castaño del monarca, mientras se anunciaba su llegada a la corte. Todos se ornaban con capuchas, joyas y bellos puños, o se cubrían con ricas marlotas tejidas en grano y oro, y sostenían pendones hermosos, broslados por las damas. Ocupaba el rey el solio, y los eclesiásticos sus sillones, así como taburetes y cátedras los grandes y los infantes de la corte, ornados todos los enseres con la plata y el oro, que aleaban con el cobre para más dureza y resistencia. Y como limpieza y dineros hacen a los hombres caballeros, y principio quieren todas las cosas, al recibir el honor el vasallo hacía homenaje, esto es, besaba en la mano y la boca al rey, prometiéndole servicio y fidelidad. Los demás prelados y condes asistían como testigos, y daban fe de la entrada en la corte de un rico leonés; padre e hijo eran jinetes, llevaban caballos alazanes y divisas verdes, y mientras uno vestía de negro, venía el hijo de blanco, como mancebo.

Holgar hoy y mañana fiesta, buena vida es ésta; y siendo tierra de viñas y agricultura abundaban los vinos, y en sus campos los conejos y perdices, y había frutos de todas clases. Dentro del comedor, y bajo una anchurosa chimenea, había una caldera grande sujeta sobre el fuego con cadenas. En el hogar se hallaban los morillos, y también las tenazas con que los siervos removían y apilaban las brasas. Los servidores sacaban del arca servilletas, toallas y manteles, y conversaban alegremente mientras preparaban el yantar. «Más vale que sobre que no que falte», decían, y mientras platicaban las viejos, murmurando o rezando, y comentaba alguien que más valían dos bocados de vaca que siete de marrano. Grandes ollas hirvientes contenían el guisado de la servidumbre, y tras las gruesas puertas, sujetas con clavos de cabeza labrada, se preparaba la cátedra real, maciza y con alto y adornado respaldo. Ocupaban los puestos señalados el rey y el obispo, que bendecía la comida; y en el centro de la mesa se ofrecía, junto con el agua en herrada de plata, una gran redoma con vino viejo de la apoteca. Había cuchillos de mesa y servilletas; llegaba el guisado de ánade y también de gallina, todo en grandes platos dorados, y como postre fruta y queso, y sidra del país o de Asturias. Servíanse hortalizas, y los mejores higos secos, y otras cosas que alegraban el paladar. Se hablaba del próximo concilio de Clermont, donde se promulgaría la cruzada, de un hospital fundado junto al templo del Apóstol, o de san Vicente de Ávila, templo situado extramuros de la ciudad, y en el lugar mismo donde se efectuó el martirio del santo, que llegado de Ébora sufrió por su fe. Machacaron su cuerpo con piedras, y una extraña clase de reptil defendió su cadáver insepulto. Sonaban en la pieza la flauta y el salterio, la vihuela de péñola y el rabel morisco, mientras los condes y magnates no dejaban de hablar de sus posesiones con los infanzones y los clérigos, o de los séquitos de otros. Tenían algunos viñas, molinos o pomares en Liébana, otros terrenos y granjas en Castilla; fabricaban unos aceite de nueces, por causa de la abundancia de nogales que había en la campiña de León, y en sus apotecas había cubas con cabida para muchos carros, y todas las cortes estaban bien provistas de graneros.

Mientras, los yegüerizos daban pienso en el establo a las caballerías, vigilando el buen estado de la

cabezada o del pretal, o de las riendas, frenos y ataharres, y se conformaban entre sí pensando que la mayor riqueza venía a ser la voluntad contenta. Refería el rey su expedición al alfoz de Salamanca, para poblar nuevas aldeas y levantar iglesias, que el obispo había de consagrar. «Los capiteles de Silos -decía-, son los más hermosos de la cristiandad, con sus monstruos híbridos, y sus hojas talladas en bisel.» Hablaban del monje Dalmacio, de un pacto y una copia del mismo. Y como bonete y almete hacían las casas de copete, lucían los asistentes sedas granates con franjas de círculos, en cuyo tejido había animales destacando sobre el fondo de oro de Chipre. Hablaba un fornido caballero, y decía a su dama: «Un rosario de perlas he de daros, y de la caza que trajere os guardaré la mitad, lo más de la perdiz, y de la paloma os daré lo menos». Y un tal, después de haberse mezclado en adulterio con su nuera, declaraba al obispo: «Pro tales negligencias que feci ... », y juraba por sus muertos haber asistido a un concilio en que se reunieron siete obispos, con todos los grandes del reino.

Se relataba la vida en religión: tomaban los monjes la azada para labrar el huerto, o la pluma para copiar los textos bíblicos, y algunos escribían a hurtadillas los versos de Horacio y de Virgilio, pues sólo unos pocos conservaban la llama de las letras latinas. Bordaban las monjas en sus monasterios casullas suntuosas, conocían la técnica del esmalte y filigranas, y un caballero bromeaba al respecto: «Iglesia o casa real, quien quiera medrar ... » Le contestaban varias risotadas, y la mirada de advertencia del obispo. Contó el abad de Sahagún, que cuando el rey Fernando iba al monasterio entraba en el refectorio de los monjes, donde tomaba colación con ellos. Era el refectorio una hermosa pieza, aseguraba, y su propia silla, y la del rey, estaban ornadas con volutas y hermosas lacerías, porque guardaban para el rey un asiento de madera rica, ornado con filetes de hueso, y con diversas taraceas en ébano, limón y cedro. Un día, estando a la mesa con el abad y la compañía, se le cayó un vaso de vidrio en que le escanciaban el vino; y para compensar la avería mandó que le pesaran los pedazos, y ordenó una copa de oro del mismo peso que la que había quebrado. Era una joya de orfebrería, un cáliz esculpido con figuras, y a juego una patena de oro, de la misma filigrana con piedras engastados. Y a esto añadió varias arquetas de marfil, y para las ropas litúrgicas un tisú de oro adornado con bordados en sedas. «No sabe donar quien tarda en dar -agregó el abad-, por lo que el rey no se demoró en su regalo.»

Daba gracias el obispo por la suculenta comida, y no hacía nada de más, pues comía más que la orilla del río; besaba el abad la mano del rey, y le pedía licencia para retirarse a sus mandaciones, y lo mismo el obispo a sus obispados. Cubrían los clérigos sus cabezas con variados bonetes y se iban. Más tarde, dentro del templo adornado con velos y cortinas policromas, los diáconos y clérigos, y otros presbíteros, salían al atrio vistiendo albas de seda y casullas preciosas, y rogaban por el éxito del rey en sus batallas. Mientras, en el convento, los monjes escribían, sentados en sillas y en torno a una mesa en forma circular.

por eso no quiero a otra.

G. de A.

Nací yo el mismo día que la infanta Urraca. Ambos vinimos al mundo por Navidad, y por eso el hado nos confirió ciertos poderes mágicos. Hubo quien dijo que nací de una xana, y que me cambiaron en la cuna. La xana de Asturias era un hada menuda y hermosa, que vivía en las fuentes donde peinaba sus cabellos de oro, y robaba niños, cambiándolos por sus propios hijos. Cuando los robaba, decían que los dejaba dormir bajo un hechizo, bien en el fondo de las grutas o el de las fuentes, y aunque los prefería recién nacidos, también los tomaba mancebos. Decían que fue mi madre a lavar, llevando con ella a su hijito de pecho; que dejó el niño en cubierto para tomar la ropa, pero la xana estaba alerta, y lo cambió por mí. Si eso es verdad, sólo Dios y la xana lo saben. Alguien dijo que la vio escapar; contó que iba vestida con un ropaje plateado, y que entró en una cueva, donde empezó a acunar al niño. Dijo que su voz tenía un poder especial, que hacía revivir las flores marchitas y cantar a los pájaros, y que luego se estuvo peinando con su peine de oro, y estuvo hilando madejas doradas, que lavó en la fuente y extendió en el prado, para que con el sol se secaran.

Como decían que era brujo, mi madre adoptiva puso al fuego de su casa una hilera de pucheros, y me los mostró; entonces, sin haber aprendido a hablar, le dije: «Cien años ha que nací, un día de Navidad, y nunca pucheros yo vi ... » Todavía me quedaban recuerdos, de cuando las hadas lavanderas acudían en días de tempestad. Eran muy viejas, de rostros como pasas y manos sarmentosas, y me saludaban al pasar como a alguien conocido. Iban por la noche a lavar, y yo las oía golpear su ropa en el arroyo. También conocía a una bruja campesina: tenía la mano negra, y por la noche se transformaba en gato negro, con los pelos hirsutos y los ojos como ascuas. Las brujas moras bajaban los domingos, mientras el cura decía la misa, y robaban en las casas las boronas, que eran los panes de maíz. Hasta que la gente, escarmentada, empezó a dejar piedras en el lar, que ellas confundían con los panes. Las brujas de la montaña entraban por la chimenea, y todavía yo chiquito, me acunaban de esta suerte:

«Sin Dios y sin santa María,
salgo por la chimenea arriba ... »

El trato con las brujas podía acarrear grandes peligros, ya que podían traer enfermedades, y llevar a la muerte, y fue así como mi madre adoptiva murió, por el solo poder de su mirada. Romper un espejo era como romper el reflejo de uno mismo, y un día halló un espejillo moro a la orilla del río; lo dejó caer sin percatarse y luego lo pisó, haciéndolo pedazos. Cuando volvía a casa halló una mujer en el monte, que se peinaba sentada encima de un carnero; la miró bien, y vio que no tenía pies humanos, sino de oca. Hizo la señal de la cruz, pero ya era tarde, pues luego enfermó mi madre por el mal de ojo, y murió en pocos días. Acudió al entierro la lamiña, mas no pasó más allá del portal de la iglesia. Supe luego que hubiera podido librarse del mal, si encargó un vestido a un sastre zurdo, pero ya no había remedio. Perdí luego a mi padre el enano, y sólo quedaba mi

abuela, que era bruja. Entonces deseé con todas mis fuerzas que la reina me adoptara consigo, como así sucedió. Pues un día llegó una sierva a la choza y con ropa nueva me envolvió, y me llevó al castillo.

La reina deslumbraba a los caudillos del ejército moro que tuvieron la suerte de verla. Iba vestida de paños negros, reluciente como estrella, y ceñía su cuerpo cinturón de oro ornado de amatistas y turquesas. Sentada en su trono tejía franjas de oro, y sus lindas manos se destacaban blancas sobre el tejido grecisco. Solía mostrarse al enemigo sobre la torre del alcázar, sentada en un solio real y rodeada de damas nobles que cantaban, acompañándose con cítaras, címbalos y salterios.

Con quien paces, y no con quien naces; y sucedió que, pudiendo haberme criado con los vaqueros y yegüerizos del ganado, yo crecí en palacio sobre alfombras de Murcia, y tapetes de oración de incomparable suavidad, calentándome en braseros ornados de volutas dobles y espirales diversamente combinadas, entre muebles decorados con taraceas y paredes con mosaicos. Miraba yo a la reina comer, rompía con cuidado el huevo metido en la huevera de plata, lo golpeaba con el borde del cuchillo y abría brecha en la cáscara; con el mismo cuchillo levantaba el casquete sobre la yema blanda y la clara tierna, con el cuchillo cortaba tirillas de pan, y con éste reventaba la yema y la juntaba con la clara. Y aunque hay quien diga que no tiene el rey tal vida como el pícaro en la cocina, no sabe lo que dice. Cuidaban siervas de bañarnos a la infanta y a mí, y calentaban en grandes calderas el agua del baño, que habían sacado del pozo que era común en todas las casas de Zamora. Charlaban junto al limpio fogón, ellos y ellas dedicados al aseo de las habitaciones, mientras los siervos de cocina preparaban el yantar, o revisaban las cubas en la apoteca. Conversaba el siervo disponiendo la mesa con una doncella, y hablaban de brujas y de ungüentos mágicos. «Hay uno -decían- que lleva manteca de niño y acónito hervido con hojas de álamo, mezclado todo luego con hollín de chimenea. Se frotan las brujas el cuerpo con él, y así acuden al aquelarre.» Hablaban de las anjanas de Santander, que tenían bajo tierra palacios llenos de joyas y tesoros, y que hacían regalos a las mozas que iban a casar. Tenían también cunas de oro para los niños chicos, y con sus báculos volvían las ramas en barras de oro, y en diamantes las piedras del camino; en tierras de Castilla las confundían con las moras, que vivían en cuevas desde la batalla de Covadonga. Mostraban unas a otras las doncellas collares de coral, que llevaban para protegerse del aojamiento. Llevábanme a veces a las celdas de la servidumbre, y me daban a beber leche a discreción, poniéndome como chivo de dos madres. «Bebe más que una culebra», decía la sierva, riendo. En una casa de madera, frontera a palacio, ya estaban preparadas las cubas en que se bañaban los reyes. Solíamos los niños usar botellas de cuero, cuero fino en verano y grueso en el invierno, y no recuerdo que tuvieran color, sino el natural; eran lisas, con correíllas que se ataban a un lado, o un botoncillo esférico, sujeto con un cabo de bramante fino. Siempre llevábamos de chicos aquellos calzados, y a veces estaban blandos de tanto orín. Se ponían al sol a secar junto a la muralla, pero seguían oliendo a orines hasta que se tiraban por viejos; el cuero tenía a veces corros oscuros, y era muy suave y muy caliente.

Era la blancura de la infanta niña mayor que la blancura de la nieve, y su rostro, de leche y coral. Cubrían las siervas con el vestido la fina camisa que sujetaban con las bragas, y a mí me encajaban unas medias de lana y un justillo de cordobán. Recordaría la infanta, mucho tiempo después, aquellos tiempos en que Rodrigo Díaz,

a quien luego llamaron el Cid, se criaba con nosotros en el castillo de Zamora. Todos nos sentábamos a una mesa y comíamos de un pan, todos en tazas y escudillas argénteas. «Nunca amarga un manjar por echar demasiado azúcar», decía Urraca, golosa. «El que parte y reparte se lleva la mejor parte», protestaba Rodrigo, y luego, por tomar mayor placer, jugábamos a tabas sobre los paños broslados a modo de alfombras. «No me gusta el sabor del sebo en las comidas», decía yo, y ella me miraba: «Gran placer, no escotar y comer, y encima quejarse», se enfadaba, pero pronto volvía a su estado natural, que era bullicioso. «Mozo perezoso -bromeaba-, por no dar un paso da cien.» Y tapándose las narices: «¿Habéis resucitado, o acaso acabáis de salir de la tumba?» Y de forma disimulada me hacía una higa, asomando el dedo pulgar en la mano cerrada, como hacían los remedadores, que acostumbraban a ir a las fiestas de palacio a remedar o contrahacer, en figuras ridículas de enmascarados.

Ambos teníamos ocho años cuando nació Alonso, y cuando se hallaba lloroso y disgustado, solíamos mecerlo en un columpio de sogas, que pendían de los álamos blancos. Mientras, no dejaba de mirarnos el viejo Arias Gonzalo, ayo de Urraca y de los infantes, que eran éstos tres de la reina, y uno bastardo, Terminado el yantar, y durante la hora sexta, tomábamos el camino que cruzaba la ciudad en todas direcciones, caminábamos por las calles y carreras, hasta la antigua cerca que edificaron los romanos. Un escudero acariciaba el potro castaño de Urraca, y yo me arrastraba hacia ella como una culebra entre las matas, sorprendiéndola. «Estáis más loco que una espuerta de gatos», reía la Infanta, y cogidos de la mano llegábamos al huerto, ensombrecido por los álamos, cantando novas y relatos poéticos, canciones y versos hechos por juglares, y tanto los hijos del rey como Rodrigo Díaz me tenían por hermano. Miraba desde allí el adarve fuerte que tenía la ciudad, y las torres espesas, que contar no podía.

Pero como no hay miel sin hiel, gustaba la infanta de mofarse. Estaba la casa del rey alhajada con riqueza, con ebanistería y obras de filigrana, con maderas ricas, incrustaciones de sándalo, y cuero en mobiliario, bancos y sillones. A ambos lados de la chimenea había dos escaños de madera ensamblada, y sentadas en ellos bordaban las dos hijas del rey: una era Urraca y la otra era Elvira, su hermana menor. Ambas tejían paños de trama de tapiz, en que se combinaban la seda y el lino, y se mezclaban los blancos y verdes, amarillos y carmesíes, en dibujos geométricos. Algo apartado del hogar, y junto a la ventana, miraba yo el lindo rostro de Urraca, su tez blanca y su mirada risueña. Entraban mercaderes judíos de Bizancio, Francia o Andalucía, y ofrecían sus ricos paños a la reina, y también encajes y orlas, galones, cordones y cintas. O un anillo de oro con un camafeo engastado, que venía de Grecia, y mostraba un amorcillo de pie. La reina platicaba con sus hijos y les daba buenos consejos, decía que la ocasión de pecar había que apartar y quitar siempre, y que el hombre dominado por las pasiones sería perseguido en la otra vida por centauros, y devorado por mastines. «Yo os traeré cuando sea mozo brocados y sedas -decía yo por lo bajo a la mayor de las infantas-, y no lo ganaré holgando ni bebiendo en las tabernas, sino en las batallas, con mi espada.» «Habláis como un viejo -me decía ella-, y dejadme, que la mujer que mira poco hila, y lo que nunca se comienza nunca se acaba. Y por favor, no embarulléis mi espíritu con tan vanos pensamientos, porque es dichoso el que puede y no el que quiere, y vos no sois más que un siervo.» «No se han de decir las verdades en todos los lugares y tiempos»,

decía yo, mohíno, y la pequeña Elvira decía sin mirarme, quizá comida por los celos: «Quita, enfadoso, que siempre has de estar enmedio, como el jueves», y al mismo tiempo ordenaba algo a una sierva, y lo apoyaba con un gesto de autoridad.

Determinábase la reina a salir; había comprado cubiertas para un evangeliario, de hermosa filigrana de oro con relieves de marfil en el centro, y una bonita silla finamente esculpida. Antes de irse elevaba una oración, con voz cadenciosa, algo sobre la obsesión de la lujuria, y sobre la serpiente, el áspid o el basilisco como agentes del diablo.

Recuerdo aquel buen tiempo pasado, en que armaron a Rodrigo caballero ante el altar de Santiago, y el propio rey Fernando fue su padrino. Y recuerdo un postigo viejo, que nunca vi cerrado, por donde entraban caballeros con armas secretas, y encima ricos mantos; llevaban adargas ante los pechos, y en las manos lanzas gruesas, o cubrían las túnicas estrechas con mantos cortos y ligeros que sujetaban en el hombro. Montaba el rey un caballo castaño, en silla sujeta al cuerpo de la bestia, a más de la cincha, por un rico ataharre y un lujoso pretal. Detuvo ante mí su caballo, mirándome con ojos profundos, y dijo: «Tú no eres como los demás». Y es que buscando el rey vida menos fiera volvía a su palacio, tras la batalla o la dura cacería con perros, con lazos y con redes. Estaban las puertas de sus tiendas cerradas, echados los alamudes, y las cadenas llenas de galgos y podencos. En el campamento desenjaezaban los caballos, y una gran alegría se hacía por andamios y torres. «Que ha llegado el rey», decía Arias Gonzalo. «¿Estáis bien, señor?», preguntaba la reina, inclinándose, y él contestaba: «Yo os aseguro, señora, que estoy sano y bueno, por lo que hay que dar gracias a Dios».

Adoptó por entonces Castilla los ritos de la Iglesia de Francia, y honraban los reyes mucho el templo de San Isidoro, al que donaran aquella hermosa cruz lleno de ciervos y grifos; mirábamos Urraca y yo aquella fachada principal que llamaban del Cordero, y la del crucero que llamaban del Perdón, y holgábamos que el rey y la reina nos hubieran llevado a León con ellos, acompañándolos por la solemnidad del santo. Había allí figuras que parecían hacernos gestos con expresión de burla, y tallas hermosas con motivos de plantas y animales. Vimos al obispo que llevaba ocho anillos de plata y oro, todos adornados con piedras preciosas, llenos todos de entalles y camafeos. Era un hombre chaparro y mofletudo, con un olor a sacristía y un color de manzana madura. Nos mostraban los clérigos volúmenes y rollos, pues que habían reunido con el tiempo, junto con los libros de liturgia, pequeños manuscritos con ilustraciones pintados en colores brillantes y arabescos con alimañas, que todo nos llamaba la atención. Y algunas no eran tan hermosas, ya que el mejor escribano echa un borrón. Había pergaminos llenos de colorido, y cartorios donde se guardaban diplomas y escrituras. Porque eran corrientes los litigios entre eclesiásticos y condes, obispos y laicos, y éstos llevaban siempre las de perder. Y en tanto nosotros hacíamos apuestas, pensando que, igual que se bañaban los señores y sus hijos, también lo harían los monjes. Y Rodrigo Díaz juraba y perjuraba lo contrario.

Eran amplias y luminosas las habitaciones de palacio, además que en ellas se alojaba de continuo la gente noble y rica que bullía en las fiestas, cazaba con el rey, y hacía la guerra a los moros. Había en cada celda una banqueta, una jofaina con su jarro y una lucerna de latón, y se reflejaba el lujo de la casa en tapices y paños, en ropas de cama y mesa. En el palacio, según las horas, se platicaba o se yantaba. Remataban la silla del rey

bolas de plata terminadas en punta, y al tiempo que cada manjar o potaje entraba en la sala, no había persona que no se hallara atronada por el ruido de trompetas y atabales, de chirimías y panderos, y por las voces y gritos de locos truhanes que llegaban a palacio a la hora de comer, y se mezclaban al ruido con su batir de tamborines. Traían capas aguaderas y se mezclaban con los siervos moros, de oficio cocineros, panaderos o sastres.

Recuerdo que había en el castillo rejas en las ventanas, y también pabellones y cortinas; en el ángulo que daba al mediodía se alzaban edificios de una planta, construídos con cantos rodados y argamasa de barro, y dentro se hallaban divididos por bajos tabiques de madera y cortinas. Era allí donde se alojaban los siervos, y era allí donde de cuando en cuando visitaba yo a mi abuela, la madre del enano, que hacía el servicio en la cocina. Decían que era bruja, y que ella misma trató con la xana de mi cambalache. También decían que había tenido parte en el aojamiento de mi madre, y que la odiaba por haberle quitado a su hijo. Guardaba en un rincón de su celda un pequeño fogón de barro cocido, lleno de carbones al rojo, en el que echaba algunas hierbas que antes había dejado secar. Eran las hierbas según me decía pino y enebro, heliotropo y verbena, camelia y achicoria, canela y áloe, y luego, mirando hacia oriente, pronunciaba unas palabras mágicas. Tenía una varilla de avellano, que era ahorquillada y de pie y medio de larga, y del grueso de un dedo; la había cortado al salir el sol, y con ella obtenía beneficios. Alguna vez la vi modelando una figura humana con masa de pan, y a esto añadía pedacillos de piel y de pelo, y recortes de uñas de quien quería aojar. Pronunciaba el nombre de su enemigo, y clavaba en el muñeco agujas nuevas. O atábale el cuello con una cintilla, y cocía la masa, y conforme se iba hinchando con el calor el nudo se estrechaba, y al mismo tiempo se ahogaba la persona.

La aurora sorprendía a Zamora, cuando de los confines de Castilla llegaban recuas a por aceite de oliva o linaza, ya que sus tierras eran de aceite, y por doquier abundaban los olivos. Llegaban comerciantes judíos, resbalando sus monturas sobre los cantos rodados, dejando a un lado corralizas y cierres de ganados, que tenían pesebres ahuecados en troncos de álamos. Bien conocía yo estas casas del pueblo, con sus cocinas y sobrados, y las guardillas donde se guardaban granos y enseres, y aperos de labranza. Eran viviendas de dos pisos, no por alzarse por encima, sino por los sótanos o apotecas. Entrábamos los niños a jugar a tinieblas, por el silo y la bodega, entre cubas de nueve palmos. Solíamos andar trasteando con mucha libertad en las estancias y aposentos de estas gentes, entrábamos en las celdas donde tenían sus dormitorios, y no valían castigos, ni palo de nogal, que, según los siervos decían, quebraba costilla sin dejar señal.

Una noche se me entró el alma en el cuerpo cuando vi a mi abuela en un claro del pinar, junto con un tropel de viejas, todas ellas en cueros vivos, y sin más abrigo que una cuerda de cáñamo por cinturón. Llevaban colgado un pucherillo con pringue y ungüento, y candelillas en las testas a modo de cuernos, y volaron arremolinadas, con más estruendo que un batallón de moros. Formaron círculo, y en el centro estaba un cabrón con dos miramelindos de Xarama en la cabeza, cabra de ancas para abajo y lo demás de hechura humana. Llegaron luego otros demonios en forma de chivos y bueyes, de osos y borricos. Repicó el cabrón un golpe en su panderiño, con lo que llegóse mi abuela, tan arrugada que parecía esportillo de pasas, el rostro entre un par de abarcas que tenía por orejas, y alzóle la cola al cabrón, y refregó el hocico en los pliegues de su boca trasera. Y todas las otras no hicieron más que llegar a besar. Y cuando hubieron tocado con sus barbas tan

grosera posteridad, comenzó el cabrón a tocar, y ellas bailaban en redondo, descoyuntándose con los brincos que daban. Y mientras, iban las viejas cantando:

«A la ronda, la ronda, la ronda,
la coz y el respingo, el cuesco y la brega».

Y al unísono del pandero soltaban tales cuescos como si anduviera la peste. Hecho esto volvió la mi abuela a palacio, y yo la seguí como pude, pues iba por los aires, y allí la aguardaban dos siervas con las que tenía mucha confianza, y la ayudaban a sus cocimientos. Eran éstas la Juana y una tal Herminia, que según supe luego tenían los virgos más recosidos que paño de pobre.

No llegué a conocer el hambre en tiempos de hambre; siempre había una hogaza a mi mano, y unos higos para merendar, y carnero cocido con cebollas para comer. Era mi abuela quien asaba el lechón en las solemnidades, y los criados lo servían crujiente, con una salsa dorada que sabía un poco a vinagre, y no estaba crudo ni demasiado hecho, en un punto que daba como nadie. Juana, la sierva que atendía la cocina, era maliciosa; era más flaca que Herminia, aunque mucho más lista, y sabía guisar muy bien el conejo con nabos. Tomábamos vino en las comidas, desde el más viejo que era Arias Gonzalo, hasta el más niño; era un vino oscuro de la tierra, que raspaba la garganta, y a los menores nos servían media copa de cristal, de aquellas que traían los mercaderes y tenían estrías labradas. Elvira era una niña robusta, y casi nunca estaba enferma. Se echaba en un escaño hacia atrás, abría las piernecillas y las ponía en las almohadas, y con sus deditos se abría los labizuelos gruesos para que todos la viéramos bien, y mirábamos los niños, como aojados. El edredón de Urraca era de damasco y oro, estaba relleno de plumas, y un cordón grueso lo ribeteaba; la colcha era morisca de colores fuertes: rojo, amarillo, azul y verde, y tenía unas aves que parecían volar, y las aves se repetían en las esquinas y en el centro de la colcha. En invierno estaba fría, y un estremecimiento me recorría el cuerpo cuando la rozaba sin querer. Los almohadones eran tan lindos, ribeteados de encajes; los broslados eran duros y rígidos, y se le marcaban en la cara mientras dormía. Había a su lado una mesilla con cubierta de mármol, y encima un búcaro con agua decorado con flores, y tapado con un vaso a juego. «Asadura dura, que me robaste de mi sepultura», decíamos ahuecando la voz, el candil apagado y acurrucados todos unos contra otros, mientras Sancho subía los escalones de la pieza y decía: «No me voy, no me voy, que debajo de tu cama estoy». «Ay, madre, ¿quién será? «Cállate, hija, que ya se marchará.» Temblábamos todos como lerdos, desde Rodrigo Díaz a la pequeña infanta; no veíamos nada, pero temblábamos, y cuando alguien encendía el candil nos estaban cayendo chorros de sudor. Se arremangaba Elvira, abría las piernas y mostraba su chirimbolo a la curiosidad de todos nosotros, redondo y liso. Y abría los labizuelos como siempre, apartándolos con los dedos. Estaba desprovisto de vello, y había un montecito regordete, y atrás una abertura rojiza con los bordes pequeños. Reunidos con inocencia en juegos perversos, todos participábamos, y asistíamos a las exhibiciones con una especie de estupor. Lo hacíamos en la torre del homenaje, o escondidos en los matacanes, y colgábamos unos lienzos morunos en sogas de tender, formando pabellones cubiertos. Arias Gonzalo no podía

adivinar las actividades que se desarrollaban ahí; y cuando no estábamos juntos nos observábamos en solitario, excitando nuestras fantasías. Años después ello cobraría a nuestros ojos y memoria una malicia que entonces no tenía, llevaría el peso de un pecado del que no te podrías desprender: un pecado mortal, siendo así que cuando lo llevábamos a cabo no éramos conscientes de estarlo cometiendo.

¿Por qué, en mi niñez, siempre había algún cantar bailando en mi cabeza? Entonces y después, mis pasos en torno a las murallas, mis más ocultos pensamientos iban subrayados por una canción. Como si algo se hubiera descacharrado dentro de la sesera, y espantaba a las melodías como a moscas, pero volvían una y otra vez, con torpeza, sólo que con ellas no valía el manotazo y a otra cosa. En el campo cantaba siempre, hacía recuento de los cantares conocidos, y los entonaba a voces hasta quedarme ronco. Me decían siempre que cantara, carraspeaba un momento y estaban todos con los ojos fijos en mí, y siempre me pedían que cantara lo mismo, gestas que marcaron en mi vida toda una época. Cantaba también en la iglesia grande, donde había humo de incienso y muchos cirios encendidos, y una música muy hermosa de cítaras que salía de no se sabía dónde, y el obispo se había subido en el estrado, bajo el dosel. Me gustaba entornar los ojos en la penumbra del templo, inmerso en aromas de mayo, y agitado por trémolos del órgano y del salterio. Miraba los cirios del altar, y entre las pestañas veía sus luces descompuestas en millares de rayos finísimos y concéntricos. El humo del incienso se levantaba a ráfagas, las voces estallaban y la mía sonaba más que todas, y era estremecedor y reconfortante al mismo tiempo oír mi propia voz potente surgiendo de mi garganta trémula. Los acólitos llevaban túnicas coloradas y encima sobrepelliz de seda, bordeada de encajes y con las mangas muy anchas, mecían el incensario entre nubes olorosas, nos miraban y se reían. En Navidad y Pascua llevaban hábitos de frailes, y parecían aún más vanidosos con sus capuchas a la espalda, y las tiras de los escapularios. Era lindo el sonar de las campanillas que los acólitos agitaban con un tintineo de plata, al mismo tiempo que las nubes de incienso subían y se mezclaban con el aroma de las flores. Todo era en la iglesia blanco y dorado, la casulla rígida del celebrante y su cabello como lino, los manteles blancos del altar bordeados de encajes, la custodia de rayos fulgurantes, las columnillas doradas del altar. Brillaba todo con reflejos cegadores, y había una explosión de perfumes.

Salíamos todos juntos, Urraca y Elvira y sus hermanos, Rodrigo y yo. A la orilla del Duero me habían emborrachado entre todos y metido en un saco grande; casi perdí el conocimiento, y al despertar me hallé dentro de un saco atado. Nunca podría olvidarlo, por mucho que viviera. Las piedras del arroyo se transparentaban, en un agua tan limpia; poníamos el retel con el cebo en el fondo, y nos íbamos. Al cabo de un rato volvíamos, y dentro del retel había cangrejos, pateando. Las casas quedaban retiradas del río; la explanada estaba llena de frutales, que no llegaban nunca a madurar porque arrancábamos las frutas verdes. Pelábamos el grano de las espigas, pero había que tener cuidado, no se nos fuesen las raspas por el respiradero. Había tantas moras en el gran moral que no dábamos abasto a comerlas. Le daba miedo a Elvira subir al moral, resbalar y caer, porque las ramas eran tan altas que remontaban los tejados de las casas. Pero nosotros gateábamos como monos, y era porque no habíamos hecho otra cosa desde que nacimos. Y el pequeño Alonso trepaba como nadie, porque las curvas de sus piernecitas se adaptaban a los nudos del árbol. Y sus bracillos

flacos se aferraban a las ramas y subía como un reptil a lo más alto, y las ramas ni se estremecían con el poco peso que tenía.

Notaba yo un abultamiento en las mataduras con que me hería a veces, un trocillo de carne rosada como medio garbanzo; cuando me hacía una herida, bien en los pies o en las manos, sobre todo en los pies, en la cicatriz se me formaba un nudo de carne abultada, de color rosa. Era corriente que me hiciera heridas en los pies, al correr me golpeaba con mis propios pasos en las canillas. Y como aquello sucedía una y otra vez, me arrancaba la carnadura vieja y aquello sangraba otra vez, y tenía cicatrices en el empeine, donde me rozaba el borceguí, y era allí donde salía el lobanillo. Y aquello debió preocupar a mi abuela, que se lo contó a Juana, y entre las dos estuvieron mirando los bultos como quien mira el principio de un aojamiento.

Siempre me había hablado Urraca de las violetas como cosa humilde; habíalos en las riberas del arroyo, tenían un bonito color morado claro y eran muy frágiles y suaves; estaban medio escondidas entre unas hojillas de verde brillante, asfixiadas entre los tallos pinchudos de las zarzas, como acogidas a la sombra de los álamos. La tierra espejeaba porque contenía yeso cristalizado en flecha. Arrancábamos los trozos llenos de irisaciones, como si hubieran sido piedras preciosas; habíalos lisos y transparentes y estaban formados de laminillas, que podían separarse con las uñas. Algunos tenían granos de tierra entre las láminas, y todo estaba cuajado de fragmentos curuscantes que relucían al sol. Costaba trabajo andar por las orillas llenas de maleza que pinchaba las piernas; a veces, la maleza se sumergía en el agua, y había una cortadura en el terreno, como si lo hubieran sajado a cuchillo; allí asomaban los trozos de yeso entre la tierra.

Era una miel blanca y endurecida que se quedaba adherida a la orza de barro; poníamos un poco en un plato y la mezclábamos con agua, hasta que se deshacían los grumos. Era el hidromiel, la infanta y todos sus hermanos hacían lo mismo; luego la tomábamos a sorbetes con una cuchara, y Urraca lo llamaba el hidromiel, dándose pote de saberlo todo. Había una sierva grande y gallega, con un lenguaje difícil de entender; la hallábamos lavando, retorció la ropa con las manos, la aclaraba en el río donde corría un agua helada que pasaba las manos, y ella tenía llagas en las palmas y en los dedos. Las llagas eran profundas y sangraban, y decía que era tan fuerte el dolor que se llegaba a desmayar. El infante Sancho se nos sometía en todo, hasta que llegó un momento en que no se nos sometió, y aquello nos cogió por sorpresa. Otro infante había muerto de chico, y Alonso sobrevivió aunque estuvo muy enfermo con cuartanas. De pequeño tenía la cabeza grande y el cuerpo chico, como si hubiera sido hijo de enano y no de rey. Yo, en cambio, nací hermoso.

Fierabrás era un niño pobre, era para mí un extraño, siempre un poco triste, con unos grandes ojos siempre abiertos mirando algo lejano, con añoranza. Tenía las piernas retorcidas y en lugar de cintillo llevaba una cuerda para que no se le cayeran las calzas. No llevaba chapines ni borceguíes, sino unas alpargatas morunas, y andaba con cuidado de que no se salieran a cada paso de los pies. Tenía velas de mocos, y cuando sorbía subía la vela, y bajaba luego; a veces le llegaban a la boca, y desde allí sorbía. Llevaba una honda en la mano, y la manoseaba; también una piedra y la ponía con cuidado en la honda, pero no la lanzaba nunca. Lo más que hacía era tirarla con rabia contra el suelo, y salir trotando con las alpargatas demasiado grandes para sus pies.

Cuando murió la reina soñaba yo que no se había muerto, y cuando murió mi padre el enano, soñaba que tampoco se había muerto, pero que estaba loco y me perseguía. Cuando Urraca era niña soñaba que la quería y después, cuando fue doncella, lo soñaba también. Enseñábanos las letras un monje del monasterio. El tal nos hacía sombras en la pared, a la luz de un candil; había un lobo que abría y cerraba las fauces, después era un ánade o un conejo, movía las orejas y también abría la boca, como si diera boqueadas. Cogía el fraile en las manos una calavera, y al mismo tiempo señalaba cada hueso y los iba nombrando, dejaba resbalar la mano blanca y delgada sobre los huesos como de cera, y lo veíamos con aprensión hundir los dedos en las cuencas oscuras. Los bordes de los huesecillos no eran lisos, sino dentados, y encajaban unos en otros en forma admirable, según decía él. Yo me asomaba al pozo de los frailes y escupía, y se rompía por un momento la imagen del cielo, hablaba fuerte con voz profunda y el eco devolvía la voz. Luego había que cubrir el pozo con la tapadera redonda de metal, pintada de almagre; al ponerla en su sitio, un ruido como de campana quedaba temblando allá abajo. En Cuaresma no sonaban en la iglesia del convento las campanillas, sino las carracas, que rompían el silencio con un sonido de viejo acatarrado. Aquello nos anunciaba la Cuaresma, y las vendían en el mercado extramuros, una tablilla de madera sobre una rueda de madera dentada. Por Antruejo atábamos vejigas hinchadas a las colas de los perros, con lo que iban corriendo por las calles y todos los gritaban, o azuzábamos al pelele de paja o de trapos que en figura humana solían colgar de las murallas en las Carnestolendas. Usábamos cencerros y latas, y otras cosas con que meter ruido, arrojábamos harina y salvado y corríamos gallos en el Carnaval. Hacíamos torneos de calabazas, golpeándonos tanto con ellas que al final no quedaba una sana. Hacían los siervos colectas para comprar un gallo, al que enterraban, quedando sólo la cabeza fuera; íbamos los rapazuelos con los ojos vendados y un garrote en las manos, hasta que lo despenábamos a golpes. Colgábanlo luego de sus patas, y le segaban la cabeza, y con ésta en un palo corríamos los muchachos las casas y palacios pidiendo la gallofa, y esto siempre en febrero. Para Carnestolendas mataban los siervos cinco o seis gatos negros, y los ataban por la cola a la punta de un palo, que llevaban a modo de pendón; llevábamos unas cuantas docenas de esquilones de todos los tamaños, y entonábamos un canto endiablado, no sujeta su letra a rima ni su música a diapasón. Iban delante zamarreros, con las caras tiznadas y las ropas vueltas del revés, y un hombre vestido de mujer llevaba los pechos postizos. Mientras, los más chicos agitaban carracas, causando mucho ruido, y acostumbábamos a hacerlo en los maitines de Semana Santa. Salía la mi abuela vestida de bayeta roja y amarilla, con una careta monstruosa y en la cabeza un capuchón; portaba en la mano derecha una gran castañuela, y a los pies abarcas con pieles de pellejos, y a la espalda un rabo de tela. Hacía de botarga, y llevaba a cuestras un saco con ceniza y paja, y pelusas de espadaña. Saltaba la hoguera, revolcándose en el rescoldo donde llenaba el saco de cenizas, y se restregaba contra todos, y sobre todo con las mozas, y a la vez bailaba y saltaba. Para la Candelaria me hacía tarta de caracoles, que en lo más alto llevaba un pájaro muerto. Y yo le cantaba:

Botarga la larga, la cascabelera...

No me parecía que fuera mi abuela aquella vieja con aspecto de alcahueta, envuelta en trapos negro-pardos con aquellas manos tan vivas, siempre desgredada y con unos ojillos penetrantes, negros como carbones. Por entonces enseñóme el levantamiento de figura, la invocación a los diablos y el uso de cocimientos amorosos, y a echar maleficios; pero nunca en mi niñez hice uso de sus poderes, no siendo un amuleto que me hizo para conservar la salud, y otro para ganar a su tiempo el amor de la infanta. Para esto escribí el nombre de Urraca en un pergamino con sangre de murciélago que mi abuela me dio, y lo puse sobre el altar de la iglesia, pronunciando el conjuro que ella me había enseñado. Luego volví a palacio, y me dispuse a aguardar la ocasión.

4

*Jamás mi amiga me tendrá una noche
que no me quiera tener la siguiente.
Que estoy tan enseñado en este oficio,
que en cualquier mercado podría ganar
con él el pan.*

-G. de A.

Un día, en el granero, me estuvo Urraca enseñando los pechos que apenas habían empezado a despuntar. Cuando hablábamos de ciertas cosas sentía yo algo raro dentro de mis calzones, como si anduvieran los demonios. Aquel día, su padre el rey Fernando había cabalgado sin poner el pie en el estribo. «No temas mancha que sale con agua -le dijo a la infanta, y luego añadió pensativo-: Mi hijo vendrá barbado, mas no parido ni preñado». Urraca estaba bordando, junto a la ventana; en el bastidor las cadenas de colores se entrecruzaban, y las había de un verde brillante o amarillo oro, o de un azul muy pálido, y otras eran rojas y se ensanchaban formando pétalos acorazonados, hojas de formas caprichosas, o giraban haciendo pimpollos. Tañía yo por entonces instrumentos de cuerda o con arco, daba grandes suspiros que el amor me hacía dar, ya que estaba enamorado y andaba más enredado que un zarcillo. Porque el amor de Urraca no me dejaba sosegar, pues así como la mejor luna es la de enero, tampoco hay amor como el primero. Tenía la infanta las teticas agudicas, que el brial querían romper, era delgadita en la cintura, tenía el cuello de garza y los ojos de un esparver. Había oído yo que la mujer y la sardina, cuando más pequeña más fina, y ella me gustaba más que el aceite a las lechuzas.

Las mujeres sin maestro saben llorar, bailar y mentir; creen los mozos fácilmente lo que desean, y pensé que Urraca me miraba de otro modo. Donde no aprovecha la fuerza sirve la maña, y cavilando darle celos tomé una manceba, una muchachita que era sirvienta en un burdel. Un día me hice el contradicho con la infanta,

y ella me rehuyó. Estábamos en el granero del castillo. «Para ser hija de rey, bien poco acompañada vais, que condes y marqueses deberían rodearos», le dije. «Sois tan pesado como mujer ligera -contestóme-, y mentís más que da Dios. Pues, ¿no tenéis concubina?» «Tenía manceba, pero la he dejado ya; tenía unas trenzas muy largas, pero luego se cortó las trenzas y dejé de quererla». «Vos no valéis ni para desatar la cinta de mi jubón», me dijo, y yo le demostré que sí. «En mala hora mis ojos os han mirado», le dije, y ella se echó a reír a carcajadas. «Juan Miguel no tiene colmenar y vende miel -decía-, y aunque más vale buena esperanza que ruin posesión, me pareces mejor que piñones mondados.» «Si has de dármelo, no me lo hagas desear -le dije yo-, y mejor antes que después, porque más vale un gusto que cien panderos.» «No alabes hasta que pruebes», me dijo ella. Y como muchas candelitas hacen un cirio, me agarró de la mano y me llevó por el jardín, entre las zarzas y los juncos que bordeaban el arroyo. En las márgenes del río había hierbas altas y tiernas, como cortinas entre los arboles. Nos sentamos en la orilla, ella tomó un caramillo y yo mi vihuela, y para hacer tiempo cantamos:

«En la punta de la espada lleva un pañuelo de amor,
lo bordó la infanta Urraca, siendo niña lo brosló».

Por un cantar que ella canta yo cantaba una docena, hasta que dimos fin a la colección de romances. Empezamos luego a jugar, y como retozos a menudo presto llevan donde no deben, y hambre larga no repara en salsas, tendió su mantellina sobre la hierba, y me hizo acostar con ella. Y yo me dije: «La ocasión hay que asirla por el guedejón, y cuando te dan el anillo, hay que poner el dedo.» Y así ella pensó adormecerme, y fui yo quien la adormecí. El aire mecía las ramas suavemente, y las pequeñas hojas parecían de plata. Abajo corría el agua con un temblor de insectos, y arriba en el cielo unas pequeñas nubes avanzaban despacio. En esto Urraca debió notar la cercanía, y algo recio que se posó en sus muslos. Pensaría quizá que fuera el caramillo que yo guardaba en mis calzas, porque no conociera la verdad. No llegó a conocerla hasta aquel día a la orilla del Duero, cuando miró las calzas de su galán y vio que había nacido un monte allí, y le extrañó porque tampoco sabía lo que era, ni por qué aquello aparecía de pronto, ni por qué desaparecía después. No sabía cómo pudo pasar, pero pronto ambos estuvimos enzarzados en la hierba junto al tronco del viejo sauce que había a la orilla del río. Juntamos boca con boca, que nadie nos lo impedía, y de cintura abajo nos hubimos como hombre y mujer. Los detalles serían declarados escandalosos para orejas sensibles, mas empezamos a adelantar por vía natural, con tal decisión, que no quedó gusto de entretenerse en florituras. «Si esto es el juego de amantes, será porque ellos juegan a eso -dijo la infanta-. El rey don Fernando, mi padre, hará lo propio con su concubina». Se quedó pensativa, y luego añadió: «Quizá después te odie porque has abusado de mi inocencia. No querré verte, y evitaré hacerlo. Pero ahora me gusta, te lo juro por las barbas de mi abuelo.» Cansada de sus deleites se quedó dormida, y como no puede ser dormir y guardar la ropa, la cubrí con su mantellín y me fui hacia el castillo, andando de puntillas para que no me sintiera. En cuanto se despertó, si de prisa se vestía, más de prisa se calzaba, y cuando llegó al castillo iba más encendida que una luz.

Y como de amores y de juegos, los entrados, juntos retozamos las largas siestas del verano, y aunque tuviera yo entrada en su alcoba, para disimular tocaba la vihuela ante su ventana. Las siervas mirábanse unas a otras, y no hacían sino reír. «Lo que se usa no se excusa -decían-, que hemos sorprendido a Giraldo de Cabrera con la infanta, besándola y abrazándola, y otras cosas, en el huerto real.» Vestía ella de blanco, como se solía vestir, tendíamos camas de flores, nos acostábamos y despertábamos entre un polvo de estrellas. Se hallaba el confesor de Urraca el primero entrando a la iglesia por la izquierda, y allí acudía la infanta a confesarle sus pecados, aunque luego yo la convencía que cometía el más grave si se me negaba una sola vez. Y mientras ella confesaba yo estaba cantando, y me gustaba oír mi propia voz y así la ahuecaba, y era como si le saliesen ojos en el cogote al que estaba delante, y al lado me pegaban con el codo y me decían: «Más bajo.» Pero no hacía caso, y seguía ahuecando la voz, que sobresalía entre todas. Gran deuda tenía con la infanta, y no podía quebrantarla, pues aunque riñéramos, en riñas de enamorados eran doblados los amores. Dicen que estuvo la infanta enamorada del Cid. Su padre, el rey Fernando, le había concedido las armas, y Urraca le dio el caballo, y le calzó espuelas de oro para honrarlo más. Hubo grandes fiestas para celebrarlo, y comimos grandes truchas del Duero, que ocupaban enteras las grandes fuentes; eran asalmonados y tenían la carne de un rojo oscuro, y el propio rey juró no haber comido truchas así. Por la ribera del río, Rodrigo la fue acompañando, y conversaban ambos y reían, hablando de los toros que hubo el día de la fiesta. Recuerdo que aquel día las campánulas remontaban los muros del castillo, cayendo hacia el foso como un manto verde y azul, y se extendían alargando los vástagos, junto a los grandes frutos ácidos que nadie comía, porque había que haberlos injertado. Por debajo fluía la fuente, entre las zarzas y los juncos. «Pensando casar contigo, mi destino no lo quiso -decía Urraca, y miraba a Rodrigo a los ojos-. Y has de casar con Jimena, que no es más que la hija de un conde». La verdad, ¿quién la podrá averiguar? Regalóle la infanta una cruz de esmalte, para sus esponsales, y nunca más pensó en el matrimonio. «Piedra rodadora no es buena para cimiento -solía decir-, ni mujer que mucho ama para tomar marido.» «Lo que no es casamentera no goza la vida», le decían las siervas, a lo que ella respondía que para mal casar, valía más quedarse soltera. Presumía por entonces de hermano, pues Alonso se había convertido en un guapo muchacho, y se lo envidiaban sus amigas. Le gustaba a Urraca hallarlo aguardando en su alcoba, cuando ella volvía. Él le decía que estaba hermosa, con aquella saya a listas azules; luego reñían, como dos cachorros, y ella amenazaba con apoderarse de sus caballos y de sus perros.

.....

Doliente estaba en su lecho el buen rey don Fernando, en el castillo de Cabezón, a una corta jornada de Valladolid, y ya le rondaba la muerte cuando la infanta Urraca llegó, quejándose con tristeza. Lo halló en lecho muy alto, como solía, con tres o cuatro colchones y almohadas, y a su lado tenía a sus hijos varones. Tenía los pies hacia oriente, y una candela en la mano, y estaba diciendo a sus hijos palabras de quebranto y de pesar. Tenía el rostro cárdeno, sus ojos estaban hundidos y así yacía sobre la cama, cubierto con una colcha de damasco carmesí, y aquello fue el principio del final, como el gong que hubiera dado paso a la tragedia. El hijo

bastardo no quedaba mal librado, pues lo había nombrado arzobispo de Santiago y abad de Sahagún y cardenal del Papa en las Españas. «Si no muriere yo, hijo, seríais Padre Santo, mas con la renta que os dejo, podríais alcanzarlo por vos mismo». Urraca, que había entrado en la cámara con sus cabellos destrenzados, lloraba amargamente. «Dijo el Dios del Sinaí que honráramos a los padres, para tener larga vida sobre la tierra -decía-. Y si vos os queréis morir, que san Miguel acoja vuestra alma.» Preguntó el rey quién era la que hablaba, y le contestó el arzobispo: «Es Urraca, vuestra hija.» Ella entonces se le acercó, diciendo: «Disteis las tierras a quien se os antojó: a Sancho, Castilla; a Alonso, León con Sanabria y Asturias, y a García, Galicia y Portugal. Y a mí, por ser mujer, me habéis desheredado. Bien está, daré mi lindo cuerpo a quien se me antojare, a los cristianos de gracia y a los moros por dinero, y me iré de tierra en tierra como mujer perdida; y de lo que gane, mandaré decir misas por vuestra alma». Juró entonces el rey que nunca se hallara en otra igual. «Callad, hija, callad, no digáis tales cosas, pues mujer que tal dice merecería ser quemada.» Su padre estaba perplejo, sin saber qué partido tomar, ya que la hija le arrancaba las telas del corazón. Por fin dijo: «Allá en tierras leonesas se me olvidaba un lugar: es Zamora, la bien cercada, que os corresponderá con plena soberanía. Y tendréis también, junto con vuestra hermana Elvira a quien dejaré Toro, todos los monasterios de mis estados, con tal que permanezcáis ambas vírgenes. Ciñe a Zamora el Duero por un lado, y por el otro la cerca una peña tajada, con lo que bien os podréis defender; mas si alguien os la osara quitar, recaiga en él mi maldición». Todos dijeron amén, menos Sancho, que callaba, y protestaba quedo: «Ni se muere padre, ni cenamos». Y no acababa de morir Fernando, aquel día del mes de diciembre, cuando ya a los vivos nos aguardaba un sabroso yantar. Luego lo habían amortajado y estaba inmóvil, con las manos cruzadas y el cuerpo tan largo; había cirios junto a su cabeza, y ramilletes de flores a sus pies. Estaba rígido, amortajado con el sudario, y su cara era joven todavía. La hija no lloraba, tenía los ojos brillantes y fijos y decía a todos que se habían equivocado; quería que pincharan a su padre, ella misma quería pincharlo con agujas para que vieran que no estaba muerto. No podían enterrar a su padre, decía, porque no había muerto aún. Entraba yo luego en la iglesia con cuidado de no hacer crujir la tarima, y en medio estaba el túmulo con los crespones negros. Sumergió el obispo el hisopo en el acetre, se volvió con él en la mano y lanzó el agua en gotas menudas sobre el muerto y la concurrencia, diciendo: «Asperges me, domine, hisopo et mundabor». En el banco primero suspiraba Urraca, y el suspiro que se quedaba prendido de las bóvedas y de los cortinajes. Pasaba un acólito como una sombra negra de allá para acá, arreglando los paños de altar y estirando manteles, encendiendo cirios y colocando los incensarios. Cogía el maticandela que llevaba una mecha en el extremo, la prendía en un hachón y con ella alcanzaba los cirios más altos, que empezaban a lucir. Iban naciendo puntos brillantes, después apagaba la mecha y dejaba la vara en su sitio, detrás del altar. Al final de los funerales sacó el maticandela otra vez, y ahora en lugar de encender las llamas las fue apagando una a una, atinando con la caperuza, aunque alguna se resistía. Los cirios humeaban, él dejó de nuevo la vara y, camino de la sacristía, iba quitándose la sobrepelliz. En la procesión se disputaron los acólitos por llevar el estandarte; tenía una barra de bronce y una tela de raso, broslada con clavos y espinas, y a los lados llevaba cordones terminados en borlas. A falta de otra cosa, hubo quien se conformó con llevar los borlas del estandarte.

Murió el rey Fernando a últimos de diciembre, y en enero ya gobernaba Urraca en Zamora. Y como riñen los ladrones y descubren los hurtos a voces, pronto comenzaron las luchas entre los dos hermanos, Sancho, rey de Castilla, y Alonso, que lo era de Asturias y León; y como siempre, se inclinó la Infanta por parte de éste. Era Alonso apuesto y agraciado, modesto y liberal, a más de prudente y de suaves costumbres, y lenguas avisadas ya empezaban a propalar que Urraca lo distinguía con predilección más que fraterna. Y así, cuando Alonso perdió contra su hermano el reino leonés, se puso de por medio la infanta, diciendo: «Rey don Sancho, mi señor, acordaos que siendo niños me prometisteis un don, y ahora que hemos crecido, quiero que me lo otorguéis. También prometisteis al rey nuestro padre no desampararme, ni dejarme de vuestra mano.» «Pedid lo que queráis -le dijo él-, siempre que no me pidáis León y Burgos, ni a Valladolid la rica, ni tampoco a Valencia». «No os pido más que a Alonso, pues lo tenéis en prisión, pero lo quiero vivo, y no muerto». «Mal haya quien os aconsejó, porque de buena gana os lo diera yo muerto. Pero lo tendréis como decís.»

Dejólo en libertad a instancias de Urraca, y le puso como condición que profesara en el convento de Sahagún; y así sucedió, que fue al monasterio y tomó el hábito de monje, renunciando al estado seglar, y pasando algún tiempo en aquella vida que tomó por fuerza. Gracias también a Urraca, más tarde le fue permitido refugiarse en Toledo, en la corte del rey Almamun que lo amparaba, pues fue gran amigo de su padre. Le dio el rey moro su palafren y su vestido, lo acogió en gran favor, y lo mismo a los tres caballeros que lo acompañaban. Eran éstos Pedro, Gonzalo y Hernando, y tenían por apellido Ansúrez, uno de los más antiguos y nobles de Castilla. Llevaba el mayor el título de conde, y fue señor de Valladolid, y todos tres se establecieron en Toledo. Aseguraba Urraca que amaba a Alonso sólo por su buena condición, mas sólo Dios conocía el corazón de la infanta y de su hermano. Mientras, me tenía consigo en Zamora, donde gobernó sin sobresalto durante un tiempo. Pero como gobernar no quiere par, no consentía Sancho en respetar el testamento de su padre, y tachaba de muy infortunada la partición que hiciera de sus reinos. Y, no conforme con haber vencido a Alonso en Plantada, muy cerca del Pisuerga, y haber despojado a su otro hermano, aún le quedaban las infantas. Por entonces falleció doña Elvira, con lo que sólo le faltaba apoderarse de Zamora, y la cercó. El Cid que iba con él, le aconsejó que acatara la voluntad del difunto; pero no pudo hacer valer sus consejos, y tuvo que seguir a su joven señor, no sin antes advertirle que no hacía como hidalgo quitando a Urraca lo que su padre le había dado. Y así fue como nos vimos cercados en Zamora. «Vámonos a los moros -aconsejaba yo-, pues vuestro hermano y el Cid tan mal quieren desheredaros.» «Mal ladra el perro cuando ladra de miedo -me contestó ella-, y la ciudad está bien pertrechada de murallas y municiones, así como de vituallas y soldados». Y como en vanas porfías se desquician las palabras, mandó un mensajero con frases altivas, diciendo que la infanta poseía de grado la ciudad, y no consentía en ceder lo que su padre le diera. «Atended, que fuera se están armando fuertemente», insistía yo, y ella me decía: «No es tan feo el diablo como pinta el miedo, y es más el ruido que las nueces. Y aunque fueran tres reyes como Sancho, y aun cuatro, yo no los huiría.» De un lado cercaba el rey, y de otro, el Cid, y era aquí donde Zamora se resentía. Gritábale Urraca desde lo más alto de sus torres: «¡Afuera, Rodrigo, soberbio castellano!» Y mientras, las viejas se santiguaban moviendo la cabeza, y murmuraban: «No hay mula sin tacha, ni mujer sin raza; y ésta la tiene como ninguna». Y así no se tomó

Zamora en una hora, ni en un año, ni siquiera en cinco, pues los zamoranos permanecieron firmes y leales. De forma que llegó a durar el cerco siete años. Pasaba yo mis días entre los antiguos caserones, de portales oscuros y escaleras estrechas, y en los portones clavos remachados, y patios con losas de piedra en el suelo y pozos con brocales, y salas sombrías con alacenas en maderas nobles. Tocaba yo tres veces con el aldabón de aro de hierro que daba en el postigo ennegrecido, y sonaba en la puerta de gruesos cuarterones con un vibrar sostenido y profundo. Aguardaba un tiempo en la oscuridad, bajo la lluvia fina de otoño, y oía apenas unos pasos afelpados en la escalera. Alguien se acercaba a la puerta y recorría los cerrojos, y era una dueña que con un ademán me invitaba a subir a la alcoba de Urraca. En el invierno, la enredadera que cercaba el castillo no era más que una maraña grisácea; quedaba al descubierto la muralla, y los maderos carcomidos, el cuchitril bajo el puente levadizo, donde se guardaban aperos y armas. En invierno el agua del Duero se quedaba helada, y en los árboles cada gota se helaba, naciendo una larga estalactita que llegaba hasta el foso. La tierra estaba endurecida, los gatos se escurrían entre las ramas desnudas, las higueras se quedaban peladas y sus copas se deshilachaban por encima de las almenas, hacia la calle. Luego todo anunciaba el buen tiempo, las hojas de los árboles se iban haciendo más espesas cada vez, y por las troneras medio cegadas por la hierba se colaba un aire caliente, sobre los árboles de la huerta. El perfume de las flores, algunas ya deshojadas, se metía por todas partes; el cielo era luminoso entre los témpanos de la parra, y en el aire flotaba un polvillo brillante. El sol daba a raudales en la torre del homenaje donde departíamos la infanta y yo, y entraba por las estrechas ventanas. Chirriaban las chicharras en verano, la parra extendía sus vástagos cargados de uvas sobre los verdes jugosos y brillantes. Subidos en lo más alto de la torre veíamos los campos extensos, y el trigo amarillo; y corría airecillo allí arriba, a despecho del verano, ya que estaba cayendo la tarde y las espigas se mecían, Y las campanas del convento iban a empezar a tocar para vísperas.

En el silencio de la siesta, cuando el pueblo dormía confiado y los sesos se derretían con el sol, cuando ni un alma pisaba las calles de Zamora, donde el calor achicharraba, de algún sitio surgía un relincho vibrante que cortaba el silencio, un relincho largo y doliente como una queja. A los días soleados de octubre los llamaba el pueblo el veranillo de san Martín; se vivía una tardía primavera, las hojas empezaban a dorarse y temblaban al sol, los viejos se sentaban en los bancos de piedra junto a la iglesia, con sus largos palos y sus gorros, los madres hilaban y tejían con una bolsa en las rodillas, mirando alrededor de cuando en cuando; a veces soltaban la rueca, salían corriendo y cogían por el sobaco al pequeño que estaba jugando en el barro, le daban un azote en el trasero y volvían con la labor.

De nuevo llegaba otro invierno, y entonces la cellisca azotaba las laderas desnudas, el cielo estaba gris, golpes de viento hacían sonar las murallas como un órgano. Una bruma lechosa se alzaba del río y se extendía sobre los campos, entre las copas de los árboles, y se metía en la ciudad. Y así, cuando yo salía de mañana, apenas veía la fachada de enfrente y menos la torre del castillo. Las personas parecían bultos movedizos, y ello ocurría un día y otro, durante los meses del invierno. Pero eran hermosos los finos carámbanos pendiendo de las ramas desnudas de los árboles, brillando al débil sol como las sartas de diamantes, y el campo se llenaba de escarcha, todo como en los tiempos en que la infanta y yo podíamos de niños salir libremente por la ciudad,

que ahora no podíamos, sino estar dentro de ella, esperando quizá que un milagro nos librara algún día de aquel cerco odioso que su hermano nos había tendido. Y lo mismo aguardaban todos en Zamora, pero el milagro no se producía, y todos estaban descorazonados y hasta deseosos de entregarse. Y aunque dentro la vida seguía, y hombre de cojón prieto no debía temer el aprieto, poco a poco fueron los zamoranos cayendo en el desánimo. Y como honra y provecho no suelen caber bajo el mismo techo, y más vale maña que fuerza, fue entonces cuando la infanta pensó en Bellido Dolfos. Era el tal un hombre más llano que el infierno, pero astuto; era hijo de Dolfos Bellido, y si traidor fue en sus tiempos el padre, él lo era mayor. Ya había cometido cuatro traiciones, y con ésta serían cinco, cuando accedió a la muerte de Sancho. «No sepa tu camisa la intención», le dijo ella, sin sospechar que yo la oía; y yo andaba comido de celos, pues le prometió que si liberaba a Zamora, dormiría con él. Y consintió Bellido, pues si no la amaba, al menos la deseaba tanto como el tocino a las coles. Lo cierto fue que salió de la ciudad con determinación de dar muerte al rey y de ese modo desbaratar el cerco; y para eso dejó el castillo de Urraca por el portillo que luego llevaría su nombre, para hacerse con falsedad vasallo de Sancho.

Era día de san Millán, y estaba reposando la infanta después de yantar, cuando tomé la decisión de ir a avisarlo. Dormían todos en palacio menos yo, y me fui hacia el real de los castellanos, y acercándome con prudencia donde estaba el rey, le dije: «Guardaos, rey don Sancho, no digáis que no os aviso, que de Zamora ha salido un traidor. Y ya que os apuntan las barbas, yo que os las vi nacer no os las veré crecidas. Se cumplirá la maldición de vuestro padre, y sólo Dios sabe si vuestra hermana no estará tan ajena como debiera a la traición». Pero el rey hizo más confianza de lo que era razonable y no me creyó, lo que fue causa de su muerte. «Mirad, que la mujer y la gallina siempre pican -le insistí-, y que hay en Zamora un hijo de padre traidor, y no debéis fiar en él». Pero no me atendía y así, como quien pronto empieza pronto lo deja, el poder no iba a durarle mucho, pues tenía los días contados en la flor de su edad. Llegó luego Bellido, dijo que quería declararle un secreto, mostrándole la parte más flaca del muro y más a propósito para dar el asalto y forzar la ciudad, y el rey acompañó solo a aquel hombre, para mirar si era verdad lo que prometía. Era el mes de octubre cuando Sancho fue asesinado, y hasta entonces resistió Zamora. El traidor le tiró un venablo que traía en la mano, con el que le pasó el cuerpo de parte a parte, y luego que hizo el golpe se encomendó a los pies, entrando por el mismo portillo abierto en la muralla por el que saliera. Los castellanos, oyendo los gemidos y las voces del herido que se revolcaba en su sangre, fueron en pos del matador; entre ellos estaba el Cid, pero la distancia era grande y no lo pudieron alcanzar, pues los guardias cerraron la puerta por donde entrara el asesino. Yacía muerto el rey, y daban grandes gritos en el real: «¡Ha sido Bellido Dolfos, gran traición ha cometido!», decían, y cuando lo vi muerto, me di vuelta yo también para regresar a Zamora. Miraban al Cid los castellanos pensando que retaría a la ciudad, pero él, entendiéndolos, les dijo: «Si me armé contra Urraca fue porque Sancho lo quiso; pero ahora que el rey ha muerto he jurado no combatirla, y lo cumpliré.» Escuchábale un caballero llamado Diego Ordóñez, y le dijo tristemente: «Pues habéis jurado, Cid, lo que no debíais.» Acusaban algunos de la instigación del crimen a la infanta, y hubo alguien que propuso matarla. Y dijo Rodrigo: «Pues aquel que la tirare, pase por la misma pena». Decidieron apelar a los zamoranos, y a todos pareció bien, pero

nadie salía al campo, y no podía pasar el día sin que se hiciera el reto. Levantóse entonces el dicho Diego Ordóñez, que yacía a los pies del rey; era la flor de los Lara, y uno de los más nobles de Castilla. Vio que estaba Arias Gonzalo en lo más alto de las almenas, y montando en su caballo se levantó en el estribo, y gritó: «He salido para retaros, por traidores, y lo mismo a viejos que a mancebos, a niños y a mujeres, y también a los muertos, y a los no nacidos.» Y Arias Gonzalo le contestó: «Habláis como valiente, pero no como entendido. ¿Qué culpa tienen los muertos de lo que los vivos hacen, o los niños de lo que hacen los hombres? Dejad a los muertos en paz, y sacad a los niños y mujeres del reto, y por lo demás, podréis lidiar conmigo. Pues si fuera como decís, no hubiera yo merecido nacer.» Así dijo Arias Gonzalo, y luego prosiguió: «Bien sabéis que es costumbre en España que el que reta a conejo ha de lidiar con cinco, y si alguno lo venciera, por vencido se tendrá.» Pareció arrepentirse don Diego cuando lo oyó, pero gritó, sin mostrar cobardía: «Me afirmo en lo dicho.»

Y era que si don Diego acusaba sin razón, todos los de Zamora estaban libres de culpa; y más querían sus caballeros morir que ser tachados de traidores. Y el viejo ayo de Urraca, convencido de la lealtad de los suyos, decidió enviar a sus propios hijos a salvar el honor de la ciudad. «Pero yo iré primero -les dijo-, pues prefiero ser muerto antes que ver morir a unos hijos a los que tanto amo». Y mientras los otros lo estaban armando, él les decía: «No quiero ser temido, ni tampoco honrado, ni que nadie me nombre conde; pero si hay en Zamora algún traidor, y éste nos reta con verdad, en el campo caeré muerto». Los caballeros rogaban a don Arias que les dejara la batalla, que la tomarían de buen grado, pero él sólo cedía su lugar a su hijo Fernando Arias. Y marchaba, diciéndole: «Volved, hijo, vuestros ojos a Zamora, y ved en las murallas a dueñas y a doncellas, cómo os miran; no me miran a mí, que ya soy viejo, sino a vos, que sois mozo, y esforzado. Y si sabéis cumplir seréis muy honrado por ellas, pero si os portáis como un cobarde, ellas mismas os ultrajarán.» Fuéronse, desaforados, un enemigo contra otro, y al primer encuentro el viejo fue derribado del caballo. «Dios vaya contigo, hijo -decía-, yo te doy mi bendición.» Pero cuando volvió la cabeza lo vio malparado, y se mesaba los cabellos; y así Diego Ordóñez le dio al mozo tal golpe que le hendió un hombro, y le tajó la mitad de la cabeza. Pero Fernando Arias hirió al caballo de su enemigo, que empezó a huir y sacó a Diego Ordóñez de los mojones del campo, mientras que él se derribaba del suyo, y cayó muerto dentro. Sentenciaron los jueces que no había vencedor ni vencido, pues que el muerto quedaba señor, y el vivo había salido fuera. «¡Ay de mí, viejo mezquino! -se lamentaba el padre-, quién no te hubiera criado, para verte en mis brazos de esta manera». Y a la entrada de Zamora comenzó un gran llanto, pues lo lloraban más de cien doncellas, todas fijasdalgo y hermosas, diciendo: «¡Válganos Dios, Fernandarias, que hemos perdido al mejor hombre de la ciudad!» Y sobre todas ellas lo lloraba Urraca, tanto que tuvo que consolarla el buen viejo. «Callad, ahijada mía, no hagáis llanto tan grande, pues que no ha muerto entre damas, ni menos jugando ni bebiendo, sino guardando vuestra honra, y la de vuestra gente. » Iba Bellido por las calles dando voces, y exigiendo su recompensa: «Ya es tiempo, Urraca, que cumpláis lo prometido», decía. Y en tanto ella, que había prometido con propósito de engañarlo, por mantener su promesa lo mandó echar en la cama donde ella dormía, y se acostó vestida con él; antes lo hizo atar de pies y manos, y meterlo en un costal, liándolo bien. Y amaneciendo mandó traer cuatro

potros bravos, y así sacarlo al campo, de forma que cada potro se llevó su pedazo, y quedó muerto el traidor.

Mientras, yo en el fragor de los sucesos, había perdido el amuleto que mi abuela me diera de niño, y que siempre llevara conmigo; y en cuanto noté la pérdida comencé a buscarlo, y vi cómo los soldados de León y Galicia, que no habían querido al rey muerto ni les gustaban sus empresas, abandonaban las banderas sin detenerse por más tiempo, y volvían a sus tierras y a sus casas. En cuanto a mí, buscando en las almenas, sentí de pronto que una lanza me cosía a la pared. Quien la tiró, no lo supe nunca, pero fue un dolor tan agudo que creí morir. Caí de rodillas allí mismo, y todos me vieron desde abajo. Me socorrieron entre varios, y decían: «No hagáis demasiado caso, él exagera siempre.» Pasé tres días entre dolores, encogido y sin sentir las piernas, y luego me pesaban, hasta que por fin pude dormir. Dijo mi abuela que me habían tronchado el espinazo, pues el asta me lo había atravesado. «Has tenido que sentir mucho dolor -me dijo-. ¿Cómo no me llamaste antes?» Llevé el cuerpo vendado mucho tiempo, bajo una capa de mezclilla parda, con un cuello demasiado grande y sin gracia. Notaba yo un abultamiento en la espalda cada vez mayor, en el lugar donde me hirieron. Y en el pecho un trozo de carne rosada como una naranja, y yo sobaba y resobaba aquella cosa intrusa que me crecía, aquella carnadura informe que seguía a la herida, como cuando era niño. Y me extrañaba de los bultos que me estaban naciendo en las rodillas, y en todos las coyunturas de mis huesos, mientras a mi espalda iba creciendo la joroba. Y cuando mi abuela levantó el vendaje, dijo que me había quedado tullido para siempre.

Permanecí escondido sin darme a ver por nadie, y extrañaba también los pelos que me estaban saliendo por la espalda y el pecho, éstos endeble y quebradizos como si hubieran estado enfermos, con bolillas blancas que se agarraban como liendres, aunque mi abuela decía que no eran liendres, sino maleficios. Hízome un nuevo hechizo mejor que el anterior: tomó canela fina y clavos de especia, a más de nuez moscada y cedroraria; puso un puñado de uvas de Damasco, otro de ruibarbo, y granos de ginebra bien madura, y añadió hinojo verde, hiperión y romero. Lo batió bien todo, y cuando estaba batido añadió mejorana y saúco, hoja de ruda, escabiosa y centáurea, y un dracma de ámbar gris. Y todo lo movió, y lo puso en infusión durante siete días, en un porrón con aguardiente. Después de destilarlo lo guardó en un recipiente envuelto en un pañuelo de seda amarilla, y hacía me tomar tres gotas en cada yantar. «Si no te cura, al menos te alargará la vida», decía, como así fue. Dióme la bolsita de cuero que siempre desde entonces he llevado al pescuezo, con el diente de ajo y el trigo, y me dijo que lo cambiara todo sin falta con el cambio de luna. Pero todo fue en vano, y no pude librarme de mi joroba y de mis pelos, ni de los bultos que me nacían.

En tanto me refugiaba yo en la cocina del castillo, y había cambiado tanto que no me hubiera conocido ni la xana que me parió. Dábame vergüenza que me viera Urraca, y si me echó en falta alguna vez, yo no lo supe. Luego, pasado el tiempo, pude presentarme ante ella sin que me reconociera. Tan sólo me dirigió una mirada, como pensando: «¿Qué contrahecho es ése a quien yo no conozco?» Entonces yo, para disimular, me puse a hacer cabriolas y a contrahacer rebuznos, y la infanta quedó tan complacida que me tomó a su servicio, y yo volví a la cocina. Hacía mi abuela toda clase de pasteles y asados, y me obsequiaba con ellos. Decía que los huevos batidos se volvían oscuros cuando les había echado la sal, y que había que batirlos bien para que no se quedaran mocosos. Yo saltaba, hacía botar la pelota de trapos, me volvía y regateaba, y la encajaba en

el caldero. Cuando el criado me reprendía, ella salía al paso: «Dejadlo, señor, que por un garbanzo no se descompone la olla, y es el pobrecillo inocente». Y mientras yo me escondía, porque no hay mejor cirujano que el que ha sido acuchillado.

Casi llegaron al castillo al mismo tiempo: la cabra era pequeña, la llevó un titiritero, y dijo que se llamaba Lucinda. La sierva era pequeña también, como la cabra, y llegó de la aldea con las mejillas coloradas. Los días del Señor salía con otras siervas y siervos, iban a misa y al mercado, y luego contaba que no apreciaba nada de lo que allí había, porque no estaba a deseo de nada. Yo me quedaba dormitando en la cocina, viendo comer a mi abuela. Empezaba con un carraspeo que acababa atronando, tratando de aliviar la chimenea de su garganta y su nariz. Después del forcejeo ruidoso la mano alcanzaba un pañizuelo de su faltriquera, lo situaba ante la boca y expelía algo que iba a parar al pañuelo. Luego el pañizuelo ocupaba su sitio, y ella seguía comiendo sus gachas, o paladeando unas natillas. Pero yo seguía pensando en aquello que descansaba en el pañuelo, y en la faltriquera de mi abuela, algo que formaba una especie de liga entre los pliegues de la tela. Luego se haría seco y crepitante. No podía apartar el pensamiento del trapo, y sentía las gachas erizarse en el estómago, y tenía que hacer un esfuerzo para que la imagen se esfumara, y la digestión siguiera sin tropiezo. Y después de cenar, y a falta de otra cosa, me iba yo a acostar y a ayuntar con la sierva, y a veces con la cabra.

Era una sensación extraña, mis manos habían dejado de ser las de siempre y parecían haber crecido al extremo de mis brazos, que habían dejado de ser los de antes, y eran algo ajeno que llevaba pegado a los hombros. No supe cómo empezó, pero de pronto estuvo ahí: temores solapados, miedos irracionales, pero aparentemente todo estaba igual. Fue casi imposible descubrir el principio: quizá un leve temblor en la barbilla, cuando cualquier cosa se me escapaba de las manos torpes y caía, acaso el miedo a enloquecer, como una sombra. «Olla que mucho hierve, razón pierde», me decía mi abuela moviendo la cabeza. Era un velo que avanzaba luego y lo cubría todo, la memoria de la infancia confiada, algo que se iba cerrando sobre la cúpula de mi mente, ¿en qué momento? No existía el momento. El enemigo avanzaba ocultándose, tomando posiciones, sin que nadie se apercibiera, ocupando vericuetos y tomando rincones. De pronto adquiría forma, era un terror. Un asomarse a las murallas y no ver nada como antes, porque algo había cambiado, y o bien el mundo había cambiado, y era cosa con relativo buen arreglo, o era yo quien había cambiado, y eso era peor. Me atormentaba el sentimiento, veía abismos en todas partes que antes no existían ni por asomo; venía el asirse, dar un paso atrás, mirar a otro lado, el hormiguillo que nacía en la planta de los pies y terminaba en los dedos de las manos. Hasta las personas habían cambiado tal vez, y me acechaban. Me miraban y conocían mi temor, miraban abajo primero y luego a mí, para ver el terror en mis ojos. Me observaban con una cierta conmiseración. No decían nada, lo que no quería decir que no supieran nada, porque sabían lo que me pasaba y lo callaban discretamente. Y proliferaban los abismos y las profundidades, siempre había un salto posible desde la almena, a través de un foso, o desde una torre. O el pensamiento de una escala de cuerdas, o del distinto nivel entre dos matacanes, continuamente existían motivos de terror. En el puente levadizo, o en la torre del homenaje, o en el hueco de una tronera, o en las ventanas que daban al patio de armas, y menos mal si estaban protegidas con rejas. El pulpo había nacido arteramente, pero estaba ahí, lo abarcaba todo y se colaba

por los intersticios, por cada pliegue de la conciencia.

Era mi abuela fea como un trueno, pero mis ojos no se apartaban de ella. Extendía los pequeños brazos, se erguía sobre las puntas de los pies, y parecía crecer y crecer, y su voz tenía modulaciones de vihuela. Y contaba historias y las siervas la miraban sin pestañear, con los ojos alucinados. Llevaba siempre aquella ropa oscura, sin forma, tenía el pelo revuelto y la cara denegrada. Agitaba las manos todo el tiempo, y de vez en cuando se pasaba los dedos cuadrados por el bigote oscuro, como si se enjugase el sudor, o como si le gustara tocarse aquellos pocos pelos oscuros y lacios que le nacían bajo la nariz. «¿De qué se ha muerto vuestro gato? Pobrecillo», le preguntaba Herminia. Parecía que la mi abuela se hubiera quedado viuda, suspiraba a todas horas por su gato y miraba a la sierva de una forma rara, retorcida, como pensando: «¿No habrás sido tú?» «Debió de ser algo de comer, el mío también lo comió. Pero el mío comió menos, porque el vuestro no le dejaba. Por eso tuve que rematarlo, ved que fastidioso. Tuve que matarlo a palos, y el trabajo que me costó, y tenía que servir la comida en el castillo, y fijaos si fue desagradable, que casi no pude probar bocado.» Mi abuela no hacía más que entrar y salir y llorar, como si se hubiera quedado viuda. Miraba los sitios por donde antes andaba su gato, y luego a Herminia con cara retorcida, como diciendo para sí: «Habrás sido tú.» Y ella murmuraba: «Maldito gato, sacamantecas, bien merecido te lo tenías. Gato gordo, con ojos de demonio, como su dueña.» La hiedra trepaba por los muros, clavaba sus uñas diminutas deshaciendo el adobe, que se desmoronaba y dejaba las pajas desnudas; todos las primaveras salían ramas nuevas que tapaban a las viejas y eran finas y de un verde muy claro. La parra en invierno estaba seca, los zarcillos se quedaban duros, enroscados en los barrotes, como si no quisieran soltarse de allí. En primavera nacían otros nuevos, húmedos y tiernos, que se enroscaban también. Los zarcillos tenían un agradable sabor agrio, y crujían al troncharlos, y las hojas susurraban con la brisa.

Un día mi abuela tomó su atadizo, y sin despedirse de nadie cogió el sendero que zigzagueaba hacia la cañada; arrastraba al andar los zancajos y murmuraba un conjuro. Al llegar a lo alto de la loma se estiró, y sin decir adiós se fue para siempre, con el atadizo a la espalda.

5

*Fui proeza y alegría, pero ahora
las abandono a ambas.*

-G. de A.

Esto ocurría en Zamora. Urraca, por el amor que le tenía a su hermano Alonso, acordó despacharle un mensajero para avisarle de todo, comunicándole la muerte de Sancho, para que volviera pronto a la ciudad. Estaba Alonso en Toledo, donde el rey le había tomado gran cariño y le dio el castillo de Brihuega, donde el

destronado reunió una corte que nada tenía que envidiar en lujo a las de Oriente. Había en su palacio mármoles rosados, yeserías y alfarjes y aliceres de azulejos, y en sus jardines había mirtos y naranjos, a los que daban vista diversas puertas y ventanas, con arcos de herradura. Vestía Alonso túnicas de tisú de alto precio, adornadas con extrañas figuras; miraba las ricas tiendas que estaban en su real, y a las bellas moras que cubrían sus cabezas con almalafas y sabanillas. Era el rey moro hombre grueso, con unas grandes manos adornadas con anillos y sortijas; y estando a la mesa, y con el fin de honrar a su huésped, alcanzaba con ellas el montón de pasta cocida y le alargaba los bocados. Tomaba luego carne de chivo, y con la pasta hacía una bola, y se la daba a comer. No había mujeres presentes en el yantar, ni siquiera las muchas esposas que el rey moro tenía. Rodeaban ellos una mesa baja, donde habían instalado una enorme bandeja de plata conteniendo el cus-cus. En breve Alonso se había ganado las voluntades de aquellas gentes, y todos se le aficionaban. Madrugaba para ir de caza con el día, y para buscar remedio a su destierro, se salía a los caminos, cruzándose con los moros que entraban; y además, el ejercicio de la montería era a propósito para la salud, y para hacerse los hombres diestros en las armas. El conde Peransúlez, que en toda aquella adversidad nunca lo abandonó, cruzaba con él el atrio cada día, acompañado de un galgo corredor. El rey había salido para ir a su caza, y recogió el mensaje por boca de Peransúlez, que se había alejado de Toledo por espacio de una legua para informarse de los caminantes y saber lo que en Castilla sucedía. Y allá en la corte de Almamún recibió el desterrado rey Alonso cartas de Urraca. Y como en tales casos no hay cosa más saludable que la presteza, ordenó todas las circunstancias de su viaje, y fue a recibir los reinos vacantes que por la muerte de Sancho le correspondían. Era Alonso hombre hecho y derecho cuando volvió a Zamora; en las almenas sobre el muro vio a una doncella, que asomada a su palacio miraba al campo del Cid. En cuanto el rey la vio se enamoró de ella, hasta que el Cid le dijo: «Vuestra hermana es ésa, señor.» «Si es mi hermana -dijo él-, mal fuego la abrase; llama a mis ballesteros y que la tiren, y al que errare, que le corten la cabeza.» «Es vuestra hermana, señor, y cuida de vuestras cosas.» Y llegado Alonso, los asturianos y leoneses, los portugueses y gallegos lo acataron por señor; y así quedaron contentos y hermanados de nuevo, no siendo ciertos caballeros castellanos, que no lo quisieron servir sin antes tomarle las juras que no había tenido parte en la muerte de Sancho. Mas a la postre, por congraciarse con el nuevo rey, ninguno quiso tomarle la palabra sino el Cid, que lo hizo en Santa Gadea de Burgos, donde juraban los hijosdalgo. En la misma iglesia le hizo jurar sobre una ballesta de palo y un cerrojo de hierro, que no mandó la muerte ni fue de ella sabedor, ni había tenido parte en ella de forma alguna. Retó a la tierra, a las hierbas y a los panes, a los vinos, y desde las piedras del río hasta las hojas del monte, que fueran contra Alonso si hubiera tenido algo que ver con la traición del alevoso Bellido, o si hubiera consentido en ella. Las juras eran tan fuertes, que el rey no quería otorgarlas. «Villanos te maten, rey, y no fijosdalgo, y en lugar de zapatos con lazo traigan calzadas abarcas.» Tanto dijo Rodrigo que causó espanto a los más, pero uno de sus más privados caballeros le dijo a Alonso: «Jurad, y no tengáis cuidado de eso, pues no hubo nunca rey traidor ni papa descomulgado». Así lo hizo Alonso, y añadió: «Mucho me aprietas, Rodrigo, y muy mal me acoges, pero si juro yo, habrás de besar luego mi mano. Y si no, saldrás de mis tierras, y no volverás en un año a partir de este día, pues no se don palos de balde. » «Me place -dijo el Cid-, ya que no son nuevas, sino viejas, y si me

desterráis por uno, yo me destierro por cuatro.» «Sal entonces de ellas, no quiero verte ante mí». «Así lo haré gustoso, rey, pues en cualquier lugar dan sueldo a los fijosdalgo, y aún me place más porque es la primer cosa que en vuestro reino mandáis.» Y después de tomarle juramento salió desterrado, y puedo asegurar que partió el buen Rodrigo sin besar la mano del rey. Dejó sus tierras de Vivar, y sus palacios, y camino del destierro no tenía con qué mantener a su mesnada. Vióse obligado a pedir tres mil marcos prestados a Raquel y Vidas, judíos de Burgos, ya que confiaba en Dios y en su buena estrella que podría devolver el préstamo, pues que las llagas duelen menos untadas, y el oro por eso es claro, porque es raro. Dejó a los judíos en prenda dos arcas cerradas, llenas de arena como si contuvieran tesoros, y como maldad es no usar los bienes pudiendo, salió por pies, antes que se descubriera el engaño de la prenda.

Fueron trabajosas sus conquistas, y hubo de aguantar nieblas en marzo y heladas en mayo, y toda suerte de calamidades; y aun así el Campeador fue el único en vencer al moro de Valencia, y arrebatarle la ciudad. Y a cada castillo que tomaba, y a cada batalla que vencía, Rodrigo le enviaba al rey un presente de cien caballos enjaezados, con las espadas en sus arzones, como muestra del botín que ganaba a sus enemigos. No fue hasta mucho después cuando Búcar, el rey de Marruecos, recobró Valencia; llegaron las naves africanas por el mar, estando recién muerto el caballero, y decían que antes de morir tuvo una visión, que le hizo saber que su conquista no sería duradera. Hallarían los moros en Valencia ruinas humeantes, vencidos en la muerte por el Campeador. Pero para eso faltaba mucho tiempo.

Y como en casa del gaitero todos son danzantes, no le faltaban al nuevo rey agallas para acrecentar su buena suerte, ni deseos de mandar, pues que nunca el demonio hizo empanada que no quisiera comer la mejor tajada. Al llegar Alonso abandonando la corte de Almamún, le aconsejó Urraca la prisión de su hermano el rey García de Galicia. Hízolo Alonso prisionero, y lo encerró en el castillo de Luna; y muerto el otro y detenido éste, pudo Alonso recoger la herencia. Y así García vivió largos años desheredado y entre cadenas, en los montes altos de León y en el castillo dicho, hasta su muerte.

Tuvo la infanta asiento en el Consejo, pues su hermano le devolvió la predilección con que ella siempre lo distinguiera; y durante los primeros tiempos de gobierno participó en las tareas del reino. Y mientras, andaba yo lisiado, después que me tiraran la pica en aquella torre mocha, y me pasara la espalda el asta de hierro. Parecíame que ella me contemplaba; algo daba un vuelco dentro de mí y me quedaba sin respirar, aspiraba hondo para no desmayarme, siempre con la idea fija de que sus ojos me miraban, y me ponía lo más derecho que podía; pero estaba equivocado y no estaba la infanta allí, no me miraba como yo había creído. Pero no podía dominar la sensación. Afirmaban los que lo sabían que Alonso, siendo rey, quería dar apariencia de matrimonio a la unión incestuosa con su hermana, pues no hallaban mejor remiendo que el de su mismo paño. Los siervos comentaban, y contaban los juglares sacando de mentira verdad, que la infanta se acostaba con su hermano sin hacer ascos a que lo fuera, ni a que tuviera ocho años menos, y hacían alusiones que ella desmentía: «Buscáis cinco pies al gato, y no tiene más que cuatro», les decía, pero la historia había recorrido todas las aldeas y palacios de León, Aragón y Castilla. Y si no fuera por la sierva de marras, anduviera yo a dieta y a mangueta y con siete nudos en la bragueta.

Un día llegaron dos caballeros a Zamora que, según decían las gentes, eran padre e hijo. Iban acompañados de varios cortesanos, y de algunos hombres libres. Por fin me enteré de quiénes eran: el padre se llamaba Deustambén, y era arquitecto, y hombre famoso por sus virtudes. Decían que hacía milagros, y que uno de ellos fue su obra de San Isidoro de León, y sus tres hermosas naves abovedadas. Y por ver si entre tanto olvidaba yo a la infanta, decidí marchar con ellos, que iban a probar unas vidrieras y a rematar las obras en el templo. Entretenía yo a los que trabajaban; estaba un punto de luz temblando ante el sagrario, y andaba yo sobre las losas de piedra, hasta la pila del agua bendecida; metía la punta de los dedos, con cuidado de no remover el barrillo del fondo, luego me tocaba la frente con el dedo húmedo en agua bendita, por que se acabara mi mala suerte. Sentía una ceguera luminosa, cerraba los ojos y brotaban cascadas de colores, rayos de sol y punteado de luces, como una lluvia de pavesas, y acto seguido culebrillas, soles que estallaban formando cataratas, y mucho más si frotaba los ojos con las manos, era la locura del color. Cuando salía del atrio radiante de la iglesia, después de atravesar los claustros fríos y silenciosos con figuras de piedra, el negro azulado del fondo de mis ojos se convertía en fuego ardiente. Cogía un trozo de vidrio en la mano, el sol se rompía en sus facetas, y entonces yo lo acercaba a los ojos, trataba de escudriñar adentro, le daba vueltas en la mano y las luces cambiaban, centelleando, y hasta olvidaba entonces mi deformidad. Pero no podía olvidar a la infanta, porque todo en la iglesia aquella me la recordaba, y los tiempos de nuestra niñez. En días nublados acechaba la llovizna tras la celosía, sobre el huerto descolorido, sobre las ramas ahiladas de los árboles y oscureciendo las tejas ya oscuras de por sí. Era un color de tristeza el de los muros y el cielo, y estaba tiempo y tiempo pegado al hueco de la ventana, porque aunque la lluvia me entristecía, tampoco podía huir de su hechizo. Alzaba la aldabilla de hierro y estaba frente a la capilla, la soltaba y la aldabilla caía con un chasquido. Miraba yo muy fijo la estatua de aquel caballero, que entre las esculturas de la puerta estaba sin tonsura ni ornamentos sacerdotales. Representaba a un conde a quien habían encargado, según me dijeron, la repoblación de Ávila, y parecía mirarme, llevando en la mano una tablilla o pergamino, en que se hallaban los fueros de la población. Avanzaba yo paso a paso en la tarima que chirriaba, y allí arriba un fraile sacristán parecía arreglar alguna cosa del altar, o iba de un lado a otro regando las macetas, con la jarra en la mano, se detenía un momento y me daba la bendición.

Luego mi amo murió, y fue enterrado sobre una rica tela, y sobre el fondo de oro de la caja destacaba una decoración de ataurique a la manera árabe. Las lágrimas corrían por mis ojos hilo a hilo, mientras me iba lamentando, y pensaba: «Quien bien te quiere, o se te irá, o se te morirá». Pude quedarme entonces con un mercader de León, a cambio de algunos recados y servicios que yo le hacía. El ama se llamaba Adosinda, y estaba medio loca. Se había juntado con el mercader, y quería casarse, mas decía el amo que boda y cofradía no eran para cada día. Era la mujer como la mula, gorda y andariega. Vivía con su madre y tenía un niño y una niña, y se reía a carcajadas, y en la casa donde servía robaba cuanto se le antojaba para traerlo a la suya. Y como la señora había dicho que podía llevarse las sobras, hacía más comida cada vez. Su niño era flaco, muy feo y muy raro, pero era muy gracioso. Cantaba lo de Adosinda se pasea, a espaldas de su madre, y al mismo tiempo que cantaba hacía morisquetas y ponía los ojos en blanco, pero era para el ama una joya, porque donde

hay querer, todo se hace bien. Eran muy rojas las brasas del fogón, la cocina del mercader tenía baldosas rojas y una ventanita cuadrada, con un horno pequeño por el que me mandaban sacar las cenizas con una paleta, y el horno quedaba a la altura de mis ojos. Procuraba no acercarme mucho para no quemarme, y me gustaba ver cómo mi ama cogía el soplillo, ajustaba en la mano el asa de madera y lo agitaba, y entonces las brasas de dentro se volvían de un rojo blanco y estallaban en puntos brillantes, crepitando, lanzando cascadas incandescentes fuera de la ventanilla, puntos de fuego que se apagaban no más haber salido, y que cubrían el suelo con el polvillo de ceniza. Abría yo la trampilla que daba a la escalera del pajar, había levantado antes el gancho de] pestillo y la trampilla se abría suavemente, sin chirriar. Por eso desde arriba podía mirar libremente a los amos yogar, y a todo el que subiera por la escalera de la casa. Nadie miraba hacia allí arriba, porque la trampilla quedaba muy por encima de sus cabezas. Sembraba el mercader unos bancales de cebollas, porque era lo único que se daba en sus tierras, que eran muy malas. A veces se daban unas hierbas enredándose en cañitas finas, y había una higuera con los higos muy dulces, y los higos se tendían al sol cuando estaban maduros. Cuando se secaban bastante, ayudaba yo al ama a meterlos apretados en seretes. De allí salían secos y chuchurridos, con la forma del cestillo de esparto. El mercader me llevaba con él a vender ajos y cebollas al mercado de Villavicencio, y alfarería de todas clases, desde la más corriente de uso casero, a loza dorada y grandes jarrones. Seguíamos el reguero de cagarrutas menudas, revueltas o formando racimos; y me explicaba que las dejaban los rebaños de ovejas, pues usaban aquellos caminos los pastores trashumantes. Eran dulces las algarrobas, se habían desprendido de] árbol y estaban esparcidas por la tierra del camino. Las vainas oscuras y tiernas guardaban las pipas con que las mozas hacían collares, y las viejas rosarios. Antes de madurar eran ásperas, de tal forma que acorchaban la lengua y las paredes de la boca. Las cogían las mujeres para venderlas en los puestos, junto con las bellotas y otras cosas.

El mercado rompía la monotonía de la vida diaria; recorríamos las calles de León con las mercaderías, ya que acudían de los señoríos a comprar y a vender, y hacerse con lo preciso para vivir durante la semana. Traían sacos de sal, cargados en pollinos desde las salinas de Castilla, y usaban los arrieros anchos calzones en forma de gregüescos. Entraban en la tienda de mi amo, situada al final de la carrera, al lado de la puerta; vendíamos jarros y platos, herradas y dornas y fuentes de madera, que él hacía durante la semana, para cambiarlas por pan y vino, o sebo, o comprar nabos con el dinero. Los hortelanos armaban sus toldos, y para eso clavaban en la tierra unos troncos, o los sujetaban con un trípode de madera. Había allí cestos y banastas, talegas y carguillas, o cuévanos, y se vendían sacos de cebada, o castañas del Bierzo. En los tenderetes se mezclaban manzanas con hoces, azadas y trébedes, cazuelas y morteros, y podían hallarse también sartenes y calderos, y cuencas, algunos de latón. Y en los puestos de los talabarteros vendían sillas y alabardas, tórdigas y cabestros, y sogas. Pasaban en los asnos los pellejos del vino hechos con pieles de cabra, y algunos mercaderes judíos ofrecían ricas preseas eclesiásticas, traídas de Bizancio. Atravesaba yo la calle principal, me metía por la calle estrecha y ya estaba en el mercado, y era éste un edificio de adobes que olía a verduras rancias. Eran los chochos amarillos y estaban metidos en un lebrillo con agua; tenían una parte blanca y abierta, como un ojalillo con bordes blanqueados. La mujer que los vendía era vieja, y estaba siempre acurrucada;

aguardaba sentada en un escalón contra el muro, tenía la cara como una pasa y los dientes se le salían de la boca cerrada. Por eso una vez me confundí, y le pedí un ochavo de dientes. Frente estaba la talabartería, y vendían también juguetes para niños, hechos de esparto. Y al otro lado estaba siempre el hombre picado de viruelas, que tenía la voz tan ronca como si estuviera rota. Pregonaba cuchillos, trébedes y candiles, y unas pastillas hechas con miel que vendía para la tos. Había otros charlatanes, y algunos sacaban muelas, pero ninguno como él. Escuchándolo con la boca abierta se me iba el santo al cielo, y se me pasaba el tiempo sin sentir; cuando me daba cuenta de que se estaba haciendo tarde, salía corriendo, para llegar a casa del ama antes de que me echara en falta, a la hora del yantar. Aquí como en Zamora era una solanera al mediodía los meses de estío, el sol por cima de la plaza caía como una lluvia de fuego, sobre los callejas y los tejados y el enrejado de las ventanas, con una luz tan fuerte que no podía abrir los ojos, y la sesera hirviendo dentro de la cabeza, como allá. Muchedumbre de gentes se estrujaban, discurrían por el mercado venidas de lo más alejado del reino, y allí se refugiaban lo mismo lisiados que truhanes y chocarreros. Tocaba yo y cantaba entre gentes bajas por un poco de dinero, y ejercía mi vil arte por calles y plazas, ya que sólo con tañer un instrumento te llamaban histrión, y algunos practicaban espectáculos condenados e indecorosos. La soldadera vivía de la soldada que le daban diariamente, como la juglaresa, y era mujer errante que ganaba su vida con la paga del público. Otros hacían saltar simios y machos cabríos, y perros, y había acróbatas y saltimbanquis, y también escamoteadores que hacían juegos de manos. De todos tuve algo que aprender. El amo me daba piñones, y yo metía el cuchillo por la hendidura del piñón, y la cáscara se dividía en dos; los había a montones en la feria, y en la plaza del mercado, y los traían de Valladolid.

El cielo estaba azul, tenía aromas a jara y espliego. Olía a gallinas y a sebo, porque al lado había cestos con gallinas y palomas, y otros con cera y miel, y con pimienta, cebollas y ajos, y los frutereros vendían de casa en casa peras y uvas, castañas y nueces, y también higos, bien fueran frescos o secos. En una arcilla roja y suave el amo moldeaba la figura, y la figura cambiaba de forma, y era el trozo de arcilla quien guiaba la mano, no la mano quien lo trabajaba. Amontonados sobre unas mantas viejas tenía rejas de arado y frascos con tapones, toneles con sus tapas, candeleros y braseros de hierro. Y al otro lado se ponía un mercader de Córdoba, que llevaba curtidos de cabra o macho cabrío, yregonaba la baratura de las pieles. Era recta la línea entre el sol y la sombra, a un lado la penumbra y al otro la canícula del mediodía leonés. Cinco sueldos era el valor de un buey, y por cien sueldos podían comprarse quince o veinte bueyes; y una escudilla de plata podía valer como dos bueyes, o alguien cambiaba ovejas por un cerdo cebado. Un mercader mozárabe mostraba tejidos y objetos de plata. Era vocinglero, remedaba palabras y contaba trozos breves de música. Tomaba monedas musulmanas o francesas, y decía: «Estas prendas han sido y serán caras siempre, pero no las hallaréis más hermosas».

Se mezclaban los hombres, las bestias y las mercaderías, los granjeros con sus animales y los paveros con los suyos, y cambiaban algunas alhajas y sillas, por caballos con todos sus arreos. Y un clérigo, llegado del monasterio burgalés de Silos, iba echando ceniza y paja a la gente, mientras pechaban los artesanos por los productos que llevaban, carros y aperos de labranza. Cubríanse todos con túnicas y ropones, pues llevaba